

TIEMPO TERCERO: EL SEGUNDO AYER

1

LA PRIMERA SENSACIÓN que invadió a Fawcett fue la de un mareo absoluto. A su alrededor, las cosas parecieron girar locamente. Vio que el indicador que marcaba la marcha del proceso de energetización iba avanzando hacia el final. Las cosas parecieron irse borrando de sus ojos. Sintió que la cabeza le pesaba...

De pronto, todo se desvaneció. Ante él solamente existía una uniformidad monocorde, un color único, extraño, indefinible. Tras breves instantes, este color cambió. Ahora no fue uno, sino diez, cien, mil. A su alrededor todo empezó a girar. Parecía como si diera vueltas en el interior de una inmensa peonza. Una, dos, tres... Destellos blancos, rojos, azules, amarillos, violetas, pasaban fugazmente a su lado, cegándole los ojos. Empezó a percibir sonidos. Sones espectrales, jamás oídos por persona humana. Aullidos, silbidos... Formaban una especie de melodía extraña, alucinante, sin comparación alguna con la más inspirada o la más horrenda composición musical. Eran sonidos naturales, producidos por extrañas fuerzas invisibles, inalcanzables. Eran los sonidos de la energía.

Fawcett sentía todo aquello como un soplo a su alrededor, como ráfagas intermitentes que silbaban a su lado. No eran percepciones de sus sentidos, eran percepciones que venían desde *más allá* de sus sentidos. Se sentía ingrávido, etéreo, incorpóreo, sin constancia de su propio cuerpo...

Recordó las palabras del profesor: «*Permanecerá en estado de vida latente. Sentirá a su alrededor sensaciones de sonido, de luz, de color...*». Estaba consciente de sí mismo. Podía pensar, raciocinar, hacer funcionar su mente. Existía. Pero no podía ver, ni oír. Todo lo que percibían sus ojos, sus oídos, eran sensaciones engañosas, falsas, inexistentes. Sólo se producían

en su interior, en sí mismo. No había duda de que estaba girando vertiginosamente en el interior de la dimensión tiempo, dando vueltas a la Tierra a mayor velocidad que la luz...

De pronto, todo terminó. Fue un cese repentino, brusco, inesperado. No le causó dolor, ni otra sensación física alguna. No sintió nada. Pero recobró en toda su potencia su capacidad de ver, de oír, de tocar. Estaba de nuevo en su propio cuerpo.

La cabina apareció de nuevo ante sus ojos. Todo estaba igual que antes. El indicador, las palancas... Nada había cambiado. Sin embargo, Fawcett presentía que había algo que sí había cambiado. No sabía qué era, ni si era de índole material o inmaterial. Simplemente, sabía que era *algo*.

Se levantó del sillón. En su cuerpo no persistía ninguna sensación. Ni siquiera la de tiempo. Parecía como si acabara de sentarse allí mismo, y acabara de pronunciar las palabras con las que se despediera del profesor: «*Volveré ayer*». Se acercó a la puerta de la cabina, descorriendo los dos pesados cerrojos y pasadores de seguridad que la mantenían herméticamente cerrada. Dudó unos momentos antes de tirar de ella para abrirla. ¿Qué encontraría al otro lado? ¿El laboratorio del profesor? ¿Tal vez algún paisaje extraño, desconocido? ¿Nada?

Rezó mentalmente porque todo hubiera salido bien. *Tenía* que haber salido bien.

Reunió todas sus fuerzas, tiró de la puerta, y la abrió de un brusco empujón. Salió al exterior...

2

NO CONOCÍA EL LUGAR donde estaba. Era la suave pendiente de una colina, totalmente cubierta de verde. Allá abajo, a unos doscientos metros, corría la cinta plateada de la carretera.

Recordó lo que le dijera el profesor: «La esfera se materializa en distinto lugar del que ocupa ahora, fuera del límite de la ciudad de Londres. Si la materializara aquí mismo, se encontraría con su propia masa, la del

ayer, y ello podría ocasionar un cataclismo en el tiempo. Es mejor no correr riesgos inútiles».

De modo que, aunque no hubiera retrocedido, la esfera se había movido. Esto al menos era ya un buen augurio.

Cerró desde el exterior la puerta de la esfera, asegurándola para que nadie, salvo él, pudiera volver a abrirla. Contaba con que nadie acudiría allí a curiosear. La esfera había quedado semi-hundida en una depresión del terreno, de modo que no era fácil que fuera vista desde la carretera. Por otra parte, aquellos parajes estaban casi desiertos. Había de correr el riesgo...

Empezó a descender por la ladera, andando rápidamente en dirección a la carretera. Confiaba en que no estuviera muy lejos de Londres.

Llegó a la cinta de asfalto, y esperó unos momentos. No tardó en pasar un mono-bólido, al que hizo serias para que parara. Pero el conductor debía de tener mucha prisa o estaba muy bien educado, pues ni siquiera disminuyó la marcha, pasando de largo como si ni siquiera le hubiera visto.

El segundo mono-bólido que pasó sí se detuvo a las señas de Fawcett. Un agradable rostro de mujer se asomó por la ventanilla.

—Perdone —murmuró Fawcett—. ¿Estamos muy lejos de Londres?

La muchacha que se había asomado le miró, levantándose levemente las gafas de sol por sobre sus ojos. Negó con la cabeza.

—No. Unos diez o doce kilómetros a lo sumo. ¿Va allí?

Fawcett asintió con la cabeza.

—Bien, entonces suba. Le llevamos.

Fawcett no se hizo repetir la indicación. Se metió dentro, y entonces pudo ver al conductor del vehículo. Mejor dicho, la conductora. Una chica que no tenía nada que envidiar en cuanto al físico a su compañera.

Consultó su reloj. Eran las cuatro y doce minutos. Habían transcurrido tan sólo diez minutos desde que se despidiera del profesor, aunque a él le pareciera que habían sido más.

«Sin duda» —se dijo—, «al energetizarse, el reloj ha dejado momentáneamente de funcionar. Pero lo realmente importante no era aquello. Había salido del laboratorio de Bingelow, y ahora se encontraba allí...».

—¿Es usted de por aquí? —preguntó la primera muchacha, la que se asomara.

Fawcett asintió con la cabeza.

—Sí, de Londres. Había salido con unos amigos de excursión, y... y me he perdido.

La muchacha rio con risa argentina.

—Esto suele pasar muy a menudo —dijo, con un tono de voz que indicaba que no se creía en absoluto aquella absurda excusa—. Mi amiga y yo no somos de aquí —explicó luego—; somos de Liverpool. Venimos ahora a Londres de vacaciones, a pasar algunos días con una tía nuestra...

Fawcett asintió con gesto meditativo. En un ademán maquinal, dio cuerda a su reloj. Tras breve vacilación, se decidió a preguntar por el punto que le interesaba:

—Perdonen. Pensarán que soy un despistado, pero... ¿podrían decirme a qué día estamos hoy?

La mujer que conducía el vehículo se volvió ligeramente hacia él, hablando por primera vez.

—¡Pero, oiga! —su voz se fingía alarmada—. ¿Usted cuándo se perdió? Eso de no saber el día en que estamos...

Fawcett fingió una sonrisa de circunstancias.

—No es eso —explicó—. Soy muy desmemoriado, y siempre me olvido la fecha. Además, tengo mi reloj calendario estropeado. He de resolver unos asuntos en Londres el día veintisiete, y me ha asaltado repentinamente el temor... La primera muchacha soltó una carcajada.

—Tranquilícese, amigo. No perderá la resolución de estos asuntos por ahora. Todavía estamos a día veintiséis.

A las dos muchachas les debió de extrañar el hondo suspiro que lanzó Fawcett, y era porque no sabían el motivo del mismo. Cuando Fawcett se metiera en la máquina traslato-temporal, en el laboratorio de Bingelow, estaban a día veintisiete. *Y ahora era día veintiséis.*

¡Estaba de nuevo en ayer!

3

LAS DOS MUCHACHAS le dejaron en una de las innumerables calles de Londres, a petición del propio Fawcett. Éste les dio las gracias, y recibió de ellas una invitación para acudir a su casa, invitación que aceptó, a pesar de saber que no la atendería. Se quedó viendo cómo el coche se alejaba calle adelante, hasta perderse en una de las esquinas, y después miró a ambos lados de la calzada.

Allí, a poca distancia de él, un rótulo luminoso, entonces apagado, anunciaba la existencia de un snack-bar. Repentinamente recordó que desde la noche anterior no había probado bocado. Se dirigió hacia allí, penetró en él, y fue a acomodarse en la barra.

—¿Qué desea? —inquirió el camarero.

Fawcett encargó un bocadillo de jamón y cerveza, y cuando el hombre trajo lo pedido preguntó, como al descuido:

—Perdone, ¿podría indicarme la hora? Me parece que se me ha parado el reloj.

El hombre se la dijo: las cuatro y media.

—Del día veintiséis, ¿verdad?

—Naturalmente.

Fawcett hizo ver que movía las agujas de su cronómetro, dio las gracias, y empezó a comer el emparedado. Lo que había pensado poco antes era falso. No era su reloj, energizado, que no había funcionado. Era que, durante su viaje por el tiempo, *éste no había transcurrido*. Había permanecido inmóvil mientras duró su estancia en su dimensión.

Terminó el bocadillo, bebió la cerveza, pagó, y salió de nuevo a la calle. Volvió a mirar su reloj. Las cuatro y treinta y siete.

Dirigió su vista de nuevo hacia adelante. Todo había salido a la perfección. Se encontraba de nuevo en el ayer, aproximadamente a la misma hora en que se encaminaba a ver a Bingelow. Pero ahora no perdería así el tiempo. Tenía otras cosas más importantes que hacer.

Era hora de empezar a actuar.

Llamó a un aerotaxi, dando la dirección de su apartamento. Pero rápidamente se corrigió:

—No; al aeropuerto de Londres II.

Se reclinó en el asiento, mientras el helio-coche se elevaba y emprendía el vuelo hacia el lugar indicado. No era conveniente mostrarse por los sitios que frecuentaba corrientemente, se dijo. No debía olvidar que era un intruso allí. En aquel mismo mundo, en aquella misma ciudad, existía ya él, el Benjamin Fawcett que vivía en aquel ayer, que era un día más joven que él. Era el mismo, más, sin embargo, era otra persona.

«Sería interesante verme de pronto frente a él» —pensó—. «¿Cuál sería su reacción? ¿Y la mía? No hay que olvidar que somos la misma persona, el mismo hombre».

Pero desechó aquellos pensamientos. No debía desviarse de su objetivo principal. A aquellas horas, el otro Benjamin Fawcett se dirigiría hacia la villa del profesor Bingelow. Él, en cambio, debía seguir otra dirección. Tenía una misión que cumplir, y ella estaba por encima de todo.

El aerotaxi llegó al aeropuerto, y Fawcett abonó la carrera, despidiéndolo. Penetró en el edificio por la gran puerta central, y se dirigió hacia uno de los conserjes que atendían al público.

—Necesito hablar con el jefe del aeropuerto —pidió, con aplomo—. Es urgente.

Su tono debió de impresionar al hombre, relacionándole sin duda con algún asunto importante. Le señaló una dependencia, indicándole que allí debía tomar un ascensor.

—Es el quinto piso, señor —indicó.

Fawcett se dirigió hacia el lugar indicado, penetró en la cabina, cerró las puertas, oprimió el quinto botón, y notó cómo ascendía rápidamente. Cuando las puertas se abrieron de nuevo se encontró ante una regular habitación, indudablemente una sala de espera. A ella desembocaban varias puertas. A un lado, tras una mesa metálica, se encontraba una mujer con gafas de concha y aire de eficiencia, vistiendo el uniforme del aeropuerto.

Fawcett se dirigió a ella, repitiendo lo mismo que dijera antes.

—¿Tiene concertada entrevista con él? —inquirió la mujer.

Fawcett negó con la cabeza.

—No, pero es urgente. Entréguele esta tarjeta, por favor. Dígale que necesito verle inmediatamente.

—Aguarde un instante —pidió.

Y desapareció tras una amplia puerta situada en el fondo de la habitación, poco después aparecía de nuevo haciéndole gesto de que se acercara.

—Por favor. Mister Scott le espera...

Fawcett penetró en la habitación de la que acababa de salir la secretaria, y la puerta se cerró a sus espaldas. Paseó una mirada alrededor.

Era la misma habitación en la que estuviera la noche anterior. Mejor dicho, *aquella misma noche*. Un par de sillones, una mesa de despacho, y ante ella, de pie, el jefe del aeropuerto. Henry Scott, el mismo hombre que le dijera que no podía aclararle nada sobre el accidente, al menos de momento, aguardaba.

—¿En qué puedo servirle?

Jugeteaba con la tarjeta que Fawcett entregara a la secretaria. Éste estuvo a punto de preguntarle: «¿No me recuerda?», pero se contuvo. Recordó que Scott no le había visto nunca. Lo que para él fue la noche anterior, para el otro sería aquella misma noche. Decidió abordar directamente el tema:

—Deseo hablarle sobre el vuelo R-23, de Nueva York a Londres. Mejor dicho, sobre el aparato que realiza este vuelo.

Scott asintió con un gesto.

—Bien. ¿Qué pasa con este aparato?

Fawcett inspiró profundamente. Dudó unos segundos, eligiendo cómo mejor enfocar la cuestión. Y después decidió lanzarlo todo de golpe:

—No debe despegar de Nueva York, mister Scott. No debe salir de aquel aeropuerto.

Sus palabras sorprendieron sin duda al hombre, pues su rostro lo dejó traslucir claramente. Por unos momentos quedó dubitativo, como asombrado.

—Esto... un momento, mister Fawcett. Si no le he entendido mal, usted quiere decir que el estrato-avión que realiza el vuelo R-23, Nueva York-Londres, no debe despegar de este primer aeropuerto. ¿Verdad?

—Exactamente.

—Muy bien. ¿Podría indicarme los motivos?

—Sí. Este avión ha sido sabotado. Si despegar de Nueva York, al llegar a este aeropuerto, concretamente, al aterrizar en la pista número 37, estallará. Una bomba que hay colocada en su primer motor izquierdo entrará en funcionamiento al bajarse su tren de aterrizaje.

Scott dudó unos momentos antes de dar la vuelta a la mesa, sentarse tras ella, jugar distraídamente con un cortapapeles, y volver a mirar a Fawcett.

—No acabo de comprender lo que quiere dar a entender con sus palabras —dijo al fin—. ¿Insinúa acaso que el avión ha sido sabotado? ¿Qué hay en él una bomba que estallará al aterrizar?

—Exacto.

El hombre se mordió pensativamente el labio inferior.

—Bien —dijo tras breve vacilación—. ¿Tiene alguna prueba concreta de lo que dice?

—Aquí y en este momento, no. Pero si revisan el aparato, encontrarán la bomba en su primer motor izquierdo, conectada al tren de aterrizaje. El mecanismo está dispuesto de modo que, tres minutos después de bajarse éste, la bomba estalle. Si lo desea, puede ordenar al aeropuerto de Nueva York que verifiquen una investigación, y podrá convencerse de ello.

Scott siguió jugando con el cortapapeles, mientras pensaba evidentemente en otras cosas. Tras unos instantes de silencio movió la cabeza de un lado para otro.

—El ordenar la revisión de los motores de un aparato no es una cosa tan sencilla como parece —dijo al fin—. Se necesitan pruebas concretas de que existe alguna anomalía para ello. Concretas, ¿comprende? No es suficiente la simple afirmación de... de una persona.

Fawcett se mordió los labios.

—¿Quiere decir con esto que no me cree?

—No, en absoluto. Yo no he querido decir esto, mister Fawcett. Simplemente, he dicho que se necesitan pruebas. Yo no puedo enviar una comunicación a Nueva York, diciendo simplemente: «Hay sospechas de sabotaje. Revísese el primer motor izquierdo del aparato». Si luego resulta todo un rumor infundado, las responsabilidades serán mías, ¿comprende? El revisar el motor de un aparato es tarea mucho más complicada de lo que parece. Y si luego resulta no haber nada...

—¡Pero es que el caso no es éste! ¡Es que *hay* algo! ¡Una bomba!

El jefe del aeropuerto dejó el cortapapeles, y se puso en pie.

—Mister Fawcett, parece usted muy convencido de lo que dice. ¿Cómo está tan seguro de ello?

—Pues...

Fawcett comprendió que era una idiotez intentar explicarle al hombre que él sabía todo aquello porque ya lo había presenciado, lo había vivido antes. Lo tomaría por loco. «*¡Oh, no! ¿Qué importa ahora el cómo lo sepa? ¡Lo importante es que es verdad, y que si no se evita a tiempo, el resultado será una catástrofe en la que perderán la vida ciento sesenta y cuatro personas!*».

Scott lanzó un suspiro. Sus pensamientos eran tan legibles como a través de una placa de cristal.

—Muy bien, mister Fawcett. Supongamos que todo lo que dice es cierto. ¿Podría darme acaso algún motivo que indujera a sabotear el aparato? Porque no me dirá que la bomba ha sido colocada allí por simple diversión.

—No, naturalmente que no. El motivo es muy sencillo. En el avión ha de viajar un hombre, un agente del Gobierno, bajo el nombre de Lloyd Harold Finnegan. Lleva unos importantes documentos políticos, que no interesa a determinadas potencias que lleguen a su destino. Ésta es la causa del sabotaje.

—Bien, de acuerdo, mister Fawcett. Pero esto no es ninguna prueba. Tal vez exista entre los pasajeros este tal Finnegan, pero esto no quiere decir que tenga que llevar estos documentos a los que usted alude. Yo no tengo

noticia de que tales documentos viajen en el avión. No sé nada sobre el particular.

Fawcett palideció. ¿Qué el hombre no sabía nada de los documentos? Pero...

—¡Pero si usted mismo me dijo anoche que conocía su existencia! ¡Recuerdo claramente que me dijo que sabía lo que viajaba en el avión, pero que no podía revelarme lo que era, que todavía era un secreto! ¡Ya...!

Se detuvo, demasiado tarde ya. En los ojos de Scott acababa de pintarse la sorpresa, el desconcierto, y más claramente otra cosa. Durante unos segundos los dos permanecieron en silencio, mirándose el uno al otro. Después sonó fríamente la voz del jefe del aeropuerto:

—Sin duda debe de estar confundido, mister Scott. Yo no he hablado con usted de nada semejante. No conozco la existencia de estos documentos, y ni siquiera lo había visto a usted antes de ahora. Está equivocado.

Fawcett estuvo a punto de echarse a gritar, furioso. En los ojos de aquel hombre se leía claramente que no le creía. No le creía en absoluto. Le tomaba por un loco, por un chiflado. Y sus últimas e inoportunas palabras le habían confirmado en su opinión. Se inclinó, apoyándose sobre la mesa.

—Debe creerme, mister Scott —murmuró—. Le juro que es cierto todo lo que le he dicho. ¡Oh, Dios!, ¿no comprende que está en juego la vida de ciento sesenta y cuatro personas?

Scott negó con la cabeza. Su actitud se había vuelto fría, hostil.

—Lo siento, mister Fawcett. Ya le he expuesto mis razones. Si cree usted que lo que dice es cierto, proporcióneme alguna prueba. Si no, intente dirigirse hacia otro lado. Vaya a Nueva York si lo desea, e intente allí. Yo no puedo hacer nada.

Fawcett pensó brevemente. O aquel hombre mentía deliberadamente, o bien realmente no sabía nada de los documentos. Lo más probable era que fuera lo segundo. Sin duda se había enterado de la existencia de los tales documentos a raíz del accidente.

Comprendía claramente lo que pasaba por la cabeza del otro. No le culpaba enteramente por ello. El hombre no estaba dispuesto a meterse en

camisa de once varas por hacer caso a aquel individuo que se dirigía a él con la pretensión de ponerle en conocimiento de un pretendido sabotaje. Por otra parte, no podía echarlo de allí a cajas destempladas; no tenía ningún motivo para ello. Simplemente, lo que hacía era permanecer indiferente a todo lo que le dijera el otro, negándose a actuar.

Comprendió que no lograría nada intentando presionar por aquel lado, salvo perder el tiempo inútilmente y arriesgarse a que Scott se cansara de escucharle y le hiciera detener por molestias y alteración del orden público. Y era preciso evitar todo entorpecimiento.

—Sí —musitó—. Sí, tal vez sea lo más conveniente.

Y, sin nada más, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Scott le vio salir sin hacer nada por detenerlo. En el fondo, se alegraba de que se marchara. Aunque no quisiera admitirlo sus palabras habían empezado a impresionarle un poco. ¿Y si, a pesar de todo, fuera cierto? No había ninguna prueba de ello, pero tampoco había ninguna que demostrara lo contrario. Claro que las palabras de Fawcett tenían una cierta inconsecuencia...

Posó su mano sobre el aparato telefónico, con la intención de conferenciar con Nueva York, pero se detuvo. ¿Qué sacaría con ello? ¿Qué les diría? ¿Qué se había presentado en su oficina un tipo raro diciendo que en el avión del vuelo Nueva York-Londres había una bomba, y que tenía miedo de que fuera cierto? Apartó la mano y miró hacia la puerta. Sin una palabra, sin despedirse siquiera, Fawcett había desaparecido. La puerta estaba nuevamente cerrada.

Se encogió de hombros. ¡Al diablo con todo aquello! ¿Para qué preocuparse inútilmente por una tontería así?

Tomó unos papeles de sobre su mesa, y se enfrascó nuevamente en su trabajo.

FAWCETT SALIÓ DEL DESPACHO del jefe del aeropuerto y se encaminó con paso cansino al ascensor. La secretaria le saludó amablemente al pasar por su lado, pero él no la oyó. Siguió caminando, se metió en el ascensor, apretó el botón correspondiente a la planta baja, y aguardó.

Nada le quedaba por hacer allí. Había intentado convencer a Scott, pero no había logrado nada. Nueva York estaba demasiado lejos de Londres.

«Vaya a Nueva York e inténtelo allí».

Esto le había dicho el jefe del aeropuerto de Londres II. Tenía razón. Si alguna posibilidad tenía de ser escuchado, era en Nueva York. Allí sería más fácil que dieran crédito a sus palabras. Si es que sus palabras eran dignas de crédito.

Comprendió lo incongruente de sus afirmaciones. No tenía ninguna prueba, nada que demostrara que lo que decía era cierto. Salvo su propia experiencia. Pero no podía contar nada de ello; no podía decir que venía del futuro, que ya lo había visto suceder todo. Y éste era su principal y único argumento.

¡Y, sin embargo, debía hacer algo!

Consultó su reloj, Eran las cinco. Faltaban dos horas para que el estrato-avión despegara de Nueva York. ¡Y debía evitarlo!

Cuando llegó a la planta baja, no salió del aeropuerto. Sabía que las mismas líneas aéreas británicas habían creado hacía tiempo un servicio especial de transporte aéreo, los «aeroswifts», pequeños aviones de dos plazas con piloto, susceptibles de ser alquilados para realizar vuelos especiales fuera de horario y rutas normales. Era un servicio poco usado por lo elevado de su coste, teniendo en cuenta que los vuelos normales se realizaban con gran frecuencia y a todas partes del mundo, pero servían para cuando una persona tenía una muy urgente prisa y no podía esperar la salida del avión normal, o cuando el lugar adonde debía ir era tan apartado que el vuelo por las Aerolíneas normales le hubiera resultado demasiado lento.

Fawcett se dirigió rápidamente hacia la oficina especial de los «aeroswifts». Era lo único que podía hacer. El próximo vuelo Londres-

Nueva York no se realizaría hasta las siete de la próxima mañana, y él solamente disponía de dos horas. Aquello era su única solución... o comprar un aparato.

En la oficina le pidieron el correspondiente pasaporte, el carnet de identidad, una garantía, una fianza, el pago adelantado del importe del servicio...

El servicio de «aeroswifts» era, tal como su nombre indicaba y por sus mismas características, un servicio rápido, de urgencia, y Fawcett solamente necesitó cinco minutos para cumplimentar todos los trámites preliminares. El empleado que le atendía le entregó el correspondiente contrato y le indicó:

—Hangar número tres. El aparato es el número doce. Puede partir cuando quiera; buena suerte.

Fawcett asintió con un gesto, y salió corriendo en dirección a los hangares. Allí, en el número tres, se encontraba el aparato que debería llevarle hasta Nueva York. Era un moderno avión a reacción, algo más grande que un caza. En sus costados, junto con la palabra «aeroswift», iba pintado en grandes caracteres el número 12. Al lado del aparato, avisado ya con la suficiente antelación, se encontraba el piloto.

—Necesito ir a Nueva York —le dijo Fawcett, a pesar de que el piloto ya lo sabía de antemano por habérselo comunicado el servicio—. He de estar allí en el plazo de una hora. ¿Cree que podremos llegar?

El piloto pensó unos momentos, y movió la cabeza dubitativamente.

—Es muy justo —respondió—. En tan poco tiempo...

—¿Se puede intentar?

—Naturalmente, todo puede intentarse. Aunque no sé...

Fawcett le interrumpió con un gesto.

—Está bien. Usted sáquele todo lo que pueda al avión. Si llegamos en el plazo que le he señalado, puede contar con una buena gratificación cuando aterricemos.

El piloto no quiso oír más. Se encasquetó el casco de vuelo, y dio una fuerte palmada al fuselaje del aparato.

—De acuerdo. Forzaremos al máximo este cacharro... y veremos lo que pasa.

Le entregó a Fawcett un casco de vuelo igual al suyo, diciéndole que se lo colocara.

—¿No lleva equipaje? —inquirió.

Fawcett dijo que no con la cabeza. El hombre se encogió de hombros; sin duda estaba ya acostumbrado a estos vuelos apresuradísimos. Señaló la carlinga del aparato:

—Está bien; suba.

Poco después, acomodados ambos en la cabina de vuelo, el aparato empezó a rodar en busca de la pista de despegue señalada para él por la torre de control. El piloto centró el aparato en ella, e indicó a Fawcett:

—Sujétese bien la chichonera. Este cacharro va a bailar dentro de poco.

A la señal de la torre de control, el piloto movió una palanca, y el aparato empezó a rodar, primero lentamente, luego más aprisa, hasta que empezó a elevarse del suelo, ganando altura por momentos...

A los pocos minutos volaba ya en vuelo libre por sobre el aeródromo, y enfilaba su morro hacia el Oeste, en busca de su punto de destino.

—Voy a dar toda la potencia al motor de este cacharro —dijo el piloto a través del micrófono interior—. Si no reventamos antes, confío en que llegaremos a Nueva York en una hora.

Fawcett asintió con la cabeza. Esto era lo que necesitaba.

5

EL APARATO ATERRIZÓ en el aeropuerto intercontinental de Nueva York a las seis y doce minutos, hora de Londres, correspondientes a la una y diez de Nueva York. El vuelo había durado exactamente una hora menos dos minutos.

Fawcett saltó del aparato, entregándole al piloto un billete de cien libras. Éste miró el papel, silbó suavemente al leer la cantidad, y dio efusivamente las gracias a Ben.

—No me las debe dar —exclamó éste—. Aunque usted no lo sepa, ha hecho algo más que un simple vuelo urgente sin trascendencia. Tal vez mañana, al leer los periódicos, pueda entenderlo. Dio media vuelta, y se encaminó con toda rapidez hacia los edificios del aeropuerto. El piloto se lo quedó mirando unos momentos, se encogió de hombros, y acabó dando también media vuelta y dirigiéndose, silbando alegremente, hacia las dependencias del personal, para rendir su informe y pedir nuevas instrucciones.

Fawcett, por su parte, siguió avanzando rápidamente hacia los edificios del aeropuerto. Por el camino vio, en las pistas de despegue y los hangares, varios estrato-aviones de pasajeros, dispuestos para partir. No se entretuvo en averiguar cuál de ellos sería el que efectuaría el vuelo R-23; tenía demasiada prisa para ello.

Penetró en el interior de los edificios, y pidió ver al jefe del aeropuerto. Mientras esperaba, modificó las agujas de su reloj, de modo que coincidieran con el horario neoyorquino. Tras unos instantes de espera, que se le hicieron siglos, fue conducido a un despacho cuyo amplio ventanal daba directamente a los campos de despegue y aterrizaje. Al verle entrar, un hombre se puso en pie tras su mesa de despacho.

Era alto, algo grueso, y con una incipiente calvicie que le profundizaba las entradas frontales del cabello. Estrechó calurosamente la mano de Fawcett (sin duda estaba enterado de que había fletado un avión especial para llegar hasta allí) y preguntó en qué podía servirle.

Fawcett le expuso parcamente lo que le había impulsado a aquel viaje, repitiendo aproximadamente lo mismo que le dijera antes a Scott. El hombre le escuchó atentamente y, a medida que Fawcett iba hablando, su rostro se iba poniendo más serio. Cuando el joven terminó, movió dubitativamente la cabeza.

—¿Tiene acaso alguna prueba que demuestre lo que afirma?

Fawcett comenzó a impacientarse. El hombre iba por los mismos caminos que el otro: siempre pruebas, las malditas pruebas. ¡Y mientras tanto, el tiempo iba pasando!

—No creo que sean necesarias ninguna clase de pruebas —respondió—. Bastará con revisar el primer motor izquierdo del aparato y el tren de aterrizaje. Allí encontrarán la bomba.

El hombre consultó su reloj.

—El avión tardará solamente veinte minutos en salir —informó—. Una revisión como la que usted indica llevaría como mínimo unas dos horas. No se puede retrasar tanto tiempo la salida de un avión.

—Pero pueden sustituir este aparato por algún otro para hacer el vuelo.

—No, no, mister Fawcett. Usted no sabe lo que se dice. No disponemos de un número ilimitado de aparatos. Un estrato-avión no es un coche.

—Sí, lo comprendo, pero...

—No, me parece que no lo comprende. Usted tiene sospechas de que este aparato puede haber sido sabotado...

—No son sospechas. Es certeza.

—¡Ah, bueno; de acuerdo! Usted tiene sospechas de que este aparato puede haber sido sabotado: muy bien. Nosotros tenemos la seguridad de que no puede haberlo sido. Nuestros empleados son de la máxima confianza, y además han sido adoptadas desde siempre las oportunas medidas para evitar posibles actos de sabotaje. Por lo tanto...

Fawcett palideció. Las palabras del hombre no podían ser más claras.

—¿Quiere decir que miento?

—¡Oh, no, en absoluto! Simplemente, me he limitado a exponerle el caso de un modo sencillo, llano. Cualquier persona puede presentarse aquí exponiendo casos similares al suyo. Si tuviéramos que hacerles caso a todos ellos, tendríamos que revisar nuestros aparatos cada diez minutos. Como comprenderá, es algo imposible. ¿Usted está convencido de que lo que dice es cierto? Muy bien, tráiganos pruebas, y le creeremos. Lo siento, pero no podemos hacer otra cosa.

Fawcett apretó los labios furiosamente. Lo mismo que Scott; pruebas, pruebas, pruebas. ¿Acaso aquellos hombres no comprendían el alcance de su actitud? ¿Acaso no veían que lo que les decía *podía* ser cierto?

Pero a ellos no les importaba. Su punto de vista era muy objetivo: si mandaban revisar el avión y no encontraban nada, las responsabilidades

serían para ellos. ¿Qué un hombre les había dicho que en el avión se ocultaba una bomba? Muy bien. ¿Pero tenía pruebas de lo que decía? ¡Entonces!...

Fawcett comprendía todo aquello, comprendía que la actitud de los dos hombres, desde su personal punto de vista, era la más adecuada, pero se rebelaba ante su inactividad. Porque él *sabía* que lo que decía era cierto, que si no se evitaba, ciento sesenta y cuatro personas morirían. ¡Y todo por la inactividad de dos hombres que preferían dejarlas morir antes de arriesgar su puesto y su reputación!

Se puso en pie violentamente, dando un fuerte golpe contra la mesa.

—¡Al diablo con todo! —exclamó—. Les he avisado de un peligro, de algo que puede convertirse en una tragedia. Hay en juego la vida de ciento sesenta y cuatro personas, y usted se queda aquí tan tranquilo ¿No piensa en que su actitud puede derivar en un trágico desastre?...

El hombre se removió en su silla. Indudablemente las palabras de Fawcett le desazonaban, le hacían dudar. Pero se mantuvo en sus trece:

—Lo siento, mister Fawcett. Si usted cree que puede demostrar lo que dice, darnos algún indicio que nos haga ver la veracidad de sus palabras...

Fawcett volvió a golpear con su puño contra la mesa, furioso.

—¡Cállese! —gritó—. No tiene conciencia de su responsabilidad. Si este avión despega, usted será el responsable de lo que pueda suceder. Un gran peso caerá para siempre sobre su conciencia...

—¡Basta ya! —El jefe del aeropuerto se puso violentamente en pie. Sus labios le temblaban levemente, demostrando su estado de agitación interna—. He soportado hasta ahora sus insensateces. ¿Qué es lo que pretende con este cuento? ¿Acaso piensa que creemos lo que dice? Una bomba, unos documentos inexistentes... ¿Quiere que le diga mi opinión? ¡Está usted loco!

La puerta del despacho se abrió, y en ella apareció el rostro de la secretaria del jefe del aeropuerto.

—Perdone —murmuró— oí gritos, y...

Se detuvo. Fawcett y el otro hombre se miraban fijamente, sin hablar. La mujer, impresionada por aquel silencio, calló también, contemplando

con ojos extrañados la escena.

Al cabo, fue Fawcett quien rompió a hablar.

—Sí —murmuró—. Sí, tiene razón. Estoy loco. Loco cuando creí que mis palabras serían escuchadas por alguien, loco cuando creí poder vencer a los acontecimientos, al destino. Siempre he sido un loco, un iluso.

El jefe del aeropuerto recuperó su aplomo. La tensión del despacho se rompió, y todos los que estaban allí parecieron recuperar la conciencia de sí mismos. Fawcett vio que ya nada tenía que hacer allí. Hasta entonces había fracasado en todo. Nada podría convencer a aquellos hombres, salvo una prueba concreta de la veracidad de lo que decía. Y no podía decirles la verdad, no podía decirles que venía del futuro, que para él todo lo que tenía que suceder había sucedido ya. Entonces sí lo tomarían por un verdadero chiflado.

Se decidió. Todavía le quedaba una baza por jugar. Era una baza peligrosa, desesperada...

Dio media vuelta, y se encaminó silenciosamente hacia la salida del despacho. La secretaria, sin duda impresionada por su aspecto, se apartó. El jefe del aeropuerto, en cambio, avanzó, lanzando un grito:

—¡Eh, espere! ¿Adónde va usted?

Fawcett se volvió. El hombre llegó a su lado, y lo agarró por un brazo.

—Lo siento, amigo —dijo—. Creo que mi obligación sería encerrarlo o ponerlo a disposición de las autoridades, pero no voy a hacer nada de esto. Lo dejaré libre. Más esto no quiere decir que vaya a permitirle cometer cualquier barbaridad. Se quedará aquí hasta que el aparato haya despegado, ¿entiende?

Fawcett se mordió los labios. Aquel hombre parecía haber adivinado sus pensamientos. ¡Y pensaba retenerle allí hasta que fuera demasiado tarde!

Había sido un idiota al pretender sacar un poco de claridad y raciocinio de aquella mollera sin seso. Una sola palabra de aquel hombre podría cambiar el destino de ciento sesenta y cuatro personas. Pero aquel hombre no tenía la menor intención de pronunciar aquella palabra.

—Está bien —murmuró, abatido—. Como quiera.

Y de pronto, antes de que el otro pudiera apercibirse de nada, se desasíó de un brusco tirón. El jefe del aeropuerto quedó unos momentos sorprendido, ya que no se esperaba aquello. Y Fawcett aprovechó aquel breve segundo de indecisión. Lanzó con furia su puño contra la cara del otro, estrellándose fuertemente contra su mentón. El hombre refuló, y Fawcett se lanzó contra él, repitiendo sus golpes. Pegó con furia, con deseo de hacer daño, de privar al otro de los sentidos antes de que pudiera rebelarse. El jefe del aeropuerto lanzó un gemido al conjuro de los golpes, y se derrumbó al suelo. Fawcett le aplicó otro golpe, asegurándose de que había perdido por completo el conocimiento, y se levantó.

La secretaria, que había presenciado con ojos muy abiertos toda la lucha, sin comprender nada, dejó escapar un grito. Fawcett no dudó. Era una mujer, y siempre le habían enseñado que no podía pegarse a una mujer, pero las circunstancias obligan. Se lanzó contra ella, dándole un brusco empujón que la lanzó de golpe contra un sillón. Y cuando intentaba levantarse de nuevo, Fawcett le lanzó un golpe a la barbilla, poniendo en él toda su potencia. La mujer levantó la cabeza, se echó hacia atrás, y se derrumbó al suelo acompañada del sillón, que quedó volcado a su lado.

Fawcett se pasó el dorso de la mano por la boca, mirando la escena resultante. No se arrepentía de lo que había hecho. La vida de ciento sesenta y cuatro personas dependía de ello. Ahora sólo tenía un camino a seguir.

Abrió la puerta y salió de estampida de la habitación, no tardando en perderse entre la multitud de gente que circulaba por el ámbito del espacioso aeropuerto.

6

EN EL MISMO MOMENTO en que Fawcett llegaba a la sala de espera de viajeros, camino de la pista veintiocho, donde se encontraba el aparato, los altavoces del aeropuerto empezaban a lanzar sus avisos:

—¡Atención! ¡Pasajeros para el vuelo R-23, con destino a Londres!
¡Sírvanse dirigirse hacia la pista veintiocho y ocupar sus puestos en el

aparato! ¡Faltan sólo cinco minutos para la salida! ¡Atención! ¡Pasajeros!...

Fawcett se sorprendió y se alarmó. Su reloj solamente marcaba las dos menos diecisiete, y en cambio... ¡Cielos, debía haberse equivocado al hacer el cambio horario!

Miró febrilmente al enorme reloj que presidía la sala de espera: las dos menos cinco. ¡Todo el plan se le iba abajo!

Palideció. Por una estúpida equivocación... Su intento de inutilizar el avión antes de que despegara era ya imposible; no le quedaba tiempo material para ello. ¡Y sin embargo tenía que hacer algo! ¡Debía hacerlo si no quería que el aparato se estrellara al aterrizar en Londres!

Sólo le quedaba una solución: meterse en el avión. Aunque fuera ya en pleno vuelo, podría obligar a que no se hiciera uso del tren de aterrizaje al tomar tierra en Londres. Era lo único que podía hacer. Una vez logrado esto...

Pero no tenía pasaje para el avión, y le sería imposible subir por la escalerilla de acceso sin que la azafata que comprobaba la lista de pasajeros le detuviera. Y por otra parte era demasiado tarde para adquirir un pasaje, en el hipotético caso de que hubiera alguno sin cubrir.

Sólo había un medio de meterse en el avión: ocupar el puesto de uno de los pasajeros. Pero ¿cómo?

La ocasión se le presentó en aquel mismo momento, en la figura de un hombrecillo bajito, rechoncho y calvo, que acababa de salir apresuradamente de los lavabos para caballeros. Fawcett agarró la oportunidad por los pelos. Se colocó delante de él, bloqueándole completamente el paso.

—¡Un momento!

El hombrecillo se detuvo, mirándole curiosamente con sus ojos miopes. Señaló hacia afuera.

—Lo siento, señor, pero tengo prisa. He de coger este avión...

—Ya lo sé. —Fawcett no se apartó—. Va usted a Londres, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Le compro su pasaje. Le pagaré por él lo que pida.

El hombrecillo parpadeó, en un tic nervioso.

—Lo siento, señor, pero tengo prisa. Me esperan en Londres, además, tengo ya mi equipaje en el avión.

—No importa, el asunto es de vida o muerte. Necesito subir a este avión.

—Lo siento, señor, pero yo también. Tal vez quede algún pasaje libre...

Fawcett maldijo sonoramente. De nuevo aquellas personas metidas en su camino, con su indecisión, con su tesonería, con su inactividad...

—¡Atención! ¡Pasajeros para el vuelo R-23, con destino a Londres! Sírvanse...

Ya no le quedaba mucho tiempo. Si se entretenía demasiado, ni siquiera el recurso de subir al avión le quedaría. Ya todo estaría perdido.

—Déjeme pasar, señor...

Fawcett miró a su alrededor. Debía de actuar rápido.

—¡Está bien, mamarracho! —gritó—. ¡Tú mismo lo has querido!

Le dio un empujón, metiéndolo de nuevo en los lavabos. El hombrecillo intentó protestar, pero Fawcett no le dejó. Le metió un puño en el estómago, haciéndole soltar todo el aire, y lo remachó con un directo a la mandíbula. El hombre se puso rígido como un palo, hizo una mueca disforme, y se derrumbó al suelo. Fawcett lo agarró para que no cayera, y lo sostuvo en el aire.

Rebuscó a continuación en sus bolsillos: un paquete de cigarrillos, un encendedor, unas llaves... ¡Ah, allí estaba! Junto con su cartera y otros documentos, sacó el pasaje del avión. Sin perder un segundo, se lo metió todo en el bolsillo.

En aquel momento se abrió la puerta de los lavabos, y un hombre penetró en ellos: un empleado del aeropuerto.

Se quedó por unos momentos mirando a Fawcett y al hombre que éste sostenía, sin duda sorprendido por el grupo que formaban. Después pareció comprender:

—¿Qué sucede? ¿Se encuentra mal este señor?

Fawcett agarró por los pelos la oportunidad, y asintió con la cabeza.

—Sí, le ha cogido de pronto algo así como un mareo. El sol de los trópicos, ¿sabe usted? Yo tengo que tomar ahora este avión para Londres, y

tengo el tiempo justo. Lo voy a perder si no me doy prisa. ¿Podría usted encargarse de él?

El hombre, servicial, asintió con la cabeza.

—¡Claro, cómo no! Puede irse tranquilo; su amigo queda en buenas manos.

Fawcett dijo que no lo dudaba, le entregó al empleado el flácido cuerpo del hombrecillo, y echó a correr hacia la puerta. En aquel momento sonaba la última llamada:

—¡Atención! ¡Pasajeros para el vuelo R-23 con destino a Londres! ¡El avión está a punto de despegar! Sírvanse...

Fawcett llegó jadeante al pie de la escalerilla de acceso, y tendió su pasaje a la azafata. Ésta lo comprobó con la lista de pasajeros, se quedó una parte, y devolvió a Fawcett el resto.

—Ha llegado muy a tiempo, mister Brown —comentó—. Un poco más y pierde el avión.

—Sí —murmuró Fawcett, jadeando a causa de la última carrera—. Ya me lo suponía.

Y subió escaleras arriba.

7

EL AVIÓN EMPEZÓ A RUGIR por sus motores, levantando una inmensa corriente de aire a sus espaldas. Los que contemplaban el despegue se llevaron la mano a los sombreros, reteniéndolos sobre sus cabezas. Algunos pañuelos alzaron sus blancas telas en señal de despedida...

Fawcett fue a ocupar el sillón que le indicó la azafata y se sentó en él, cubriéndose la cara con una mano en plan de precaución. Después, echó una ojeada alrededor.

De los restantes asientos de que constaba el avión, solamente cuatro estaban desocupados. A su lado, y ocupando la parte de la ventanilla, se encontraba una señora gruesa, de aire maternal, que sostenía sobre sus rodillas una inmensa sombrerera. Delante suyo se entreveía, por sobre la

cabecera del respaldo del asiento, la calva de un señor. A su lado, en la ventanilla, nadie; el hombre debía de ser alérgico al panorama que se divisaba desde ella, y había preferido sentarse en el lado del pasillo. Al otro lado, y en la otra hilera de asientos, una pareja joven, sin duda unos recién casados, y un par de hombres indudablemente de negocios con sus carteras sobre las rodillas. Más hacia adelante y hacia atrás, se veían partes de cabezas, brazos, piernas...

Fawcett dejó de prestar atención a los demás pasajeros para concentrarse en lo que le interesaba. Sabía que entre aquellas ciento sesenta y tres personas que viajaban con él se encontraba Hellen; sabía que la tenía allí, a pocos metros de él. Su deseo de verla de nuevo, sobre todo después de saberla ya muerta, era muy grande. Pero se contuvo. No quería estropear sus planes antes de tiempo. Nominalmente era mister Brown, no Benjamin Fawcett.

Al frente de ellos, en la pared delantera de la amplia cabina de pasajeros, el letrero de «No smoking» se apagó; se encontraban ya en vuelo libre, fuera de las maniobras de despegue. La azafata anunció por el micro que podían desabrocharse los cinturones.

Fawcett pensó en lo que tenía que hacer ahora. Se encontraba dentro del avión. No había podido evitar que éste despegara, el tiempo le había hecho traición, pero ahora se encontraba dentro de él, en situación de remediarlo todavía, todo lo que tenía que conseguir era que el tren de aterrizaje no fuera bajado. ¡Y lo conseguiría!

Pasó a examinar la situación. Cuando el jefe del aeropuerto volviera en sí de los golpes, en su despacho, lo primero que haría sería dar la alarma. Cuando el hombrecillo hiciera lo mismo, también.

Sabrían entonces que él viajaba en el avión, y pondrían sobre aviso a los tripulantes. Los inquirirían los datos y al nombre falso del intruso, y lo identificarían fácilmente. Y entonces sus planes se irían al agua.

Debla evitar que todo esto sucediera.

Se puso en pie, agarrándose al asiento para prevenir cualquier bolsa de aire. Allí delante, debajo mismo del ahora apagado rótulo de «No

smoking», se encontraba la puerta que comunicaba con la cabina de pilotaje. Aquélla era su meta.

Avanzó por el pasillo central hacia ella, sujetándose a los respaldos de los asientos. Llevaría ya recorridas unas tres filas de butacas, cuando tras él sonó una voz:

—¡Mister Brown!

Fawcett se volvió. Una azafata, la misma que le indicara el asiento, se acercaba a él. Al oír su llamada, algunos pasajeros se volvieron y le contemplaron curiosamente. Fawcett, rogó porque Hellen no se encontrara entre ellos.

—Perdón, mister Brown —dijo la azafata—. La puerta delantera conduce a la cabina de pilotaje, y a ella no tienen acceso los pasajeros.

Fawcett hizo un gesto de desconcierto.

—Oh... sí, sí, perdone. Me he confundido, ¿sabe? Mi intención era ir al lavabo.

La azafata, haciendo alarde de la paciencia y comprensión propias de su oficio, le indicó:

—Venga entonces conmigo, le mostraré el camino.

Fueron pasillo adelante, en dirección contraria a la que Fawcett llevara hasta entonces. Llegaron la puerta final, y la azafata la abrió, indicando a Fawcett que pasara. Penetró después ella, y señaló una puertecita que había a la izquierda.

—Un momento, señorita.

La azafata se detuvo, volviéndose hacia él. Debió de interpretar mal el motivo del joven al cogerla del brazo, pues sus ojos relampaguearon.

—Le mentí ahí fuera —dijo Fawcett—. Mi intención no era ir al lavabo —sonrió al ver la expresión de ella—. Mi intención era ir a la cabina de los pilotos.

La actitud de la muchacha cambió, pasando del recelo a la sorpresa. Pero se repuso rápidamente.

—Lo siento, mister Brown, pero ya le he dicho que la cabina de pilotaje es un lugar prohibido para los pasajeros.

—Ya lo sé. Sin embargo, he de ir allí.

La muchacha se le quedó mirando, sin comprender. Fawcett se metió una mano en el bolsillo, y sacó algo pequeño, negro y reluciente. Era una pequeña pero efectiva pistola.

—¿Sabe lo que es esto, señorita? —preguntó—. Sí, supongo que sí. Es un objeto del que nunca me separo, y que a veces me ha ayudado mucho en momentos de apuro. ¿Cree que sigo no teniendo derecho para entrar en la cabina, de los pilotos?

La azafata agrandó los ojos, contemplando la boca de la negra arma.

—Pe... pero... ¿qué pretende con esto?

Fawcett sonrió, volviendo a guardarse la pistola en el bolsillo.

—Yo sé lo que pretendo, señorita. Solamente deseo de usted que me preceda y me acompañe —hasta la cabina. Nada más.

—No espere que yo haga esto.

—¿De veras? Veo que será necesario el tener que mostrarle de nuevo mis razones.

La azafata se mordió los labios, y Fawcett se apresuró a añadir:

—No tema, no pretendo nada malo al hacer lo que hago. Al contrario, espero hacerles un gran bien a todos. Incluso a mí mismo. Pero usted no lo entendería si se lo explicara ahora. ¿Vamos?

La muchacha dudó unos momentos, y Fawcett tuvo que empujarla nuevamente hacia adelante para obligarla a andar. Cuando llegaron de nuevo a la puerta que separaba la cabina de la general de pasajeros, Fawcett la retuvo por un brazo.

—Un momento. Entre los pasajeros se encuentra una mujer, Hellen Thompson. ¿En que lado de los asientos del aparato está?

La azafata repasó mentalmente la lista y distribución de pasajeros y acabó dando la información pedida:

—En la parte de la derecha, junto a la ventanilla. Aproximadamente en la sexta o séptima fila empezando a contar por delante.

—Muy bien. Entonces usted colóquese a mi derecha, y cuando pasemos a su lado procure interponerse entre ella y yo, de modo que no pueda verme el rostro. Y no haga ninguna tontería, no olvide que la estaré apuntando desde mi bolsillo.

Salieron fuera, y fueron avanzando por el pasillo central. Cuando llegaron a la parte delantera del aparato, Fawcett pudo divisar, en uno de los asientos de su derecha, una hermosa mata de pelo negro que asomaba por la cabecera del respaldo. Más de una vez había él aspirado el aroma de aquellos cabellos, de modo que no le fue necesario un detenido estudio para adivinar la identidad de la persona poseedora de tan lindo atributo: Hellen Thompson.

—Cuidado —advirtió a la azafata.

Ésta cumplió lo indicado por Fawcett, y pudieron pasar al lado de la muchacha sin que ella identificara a Ben. Éste hizo un gesto a la azafata para que siguiera adelante, y poco después llegaban frente a la puerta delantera.

—Abra —ordenó.

La azafata le dirigió una mirada fulmínea, pero obedeció. Fawcett la empujó para que entrara, y se metió después él dentro. De un brusco golpe, cerró la puerta a sus espaldas. Se encontraba en el interior de la cabina de pilotaje del aparato.

8

—¿TRAES EL CAFÉ, LORNA?

El piloto seguía atento al rumbo, y pronunció aquellas palabras sin volver el rostro. La azafata no contestó, y esto hizo que finalmente se volviera hacia ella.

—¿Eh? —exclamó, al ver a Fawcett—. ¿Qué es esto? En la cabina de pilotaje está prohibido...

Se interrumpió al ver la pistola que Fawcett esgrimía. Éste se la había sacado nuevamente del bolsillo, y amenazaba con ella a los tres hombres que ocupaban la cabina.

El piloto quedó unos momentos desconcertado, sin comprender aquella actitud. Luego, recuperando su aplomo, hizo una seña al copiloto para que

se hiciera cargo de los mandos. Levantándose de su asiento, se dirigió hacia Fawcett.

—¿Puedo saber qué significa esto? —inquirió.

Con un expresivo gesto, Fawcett hizo detenerse al hombre.

—Será mejor que no siga avanzando. Y usted —se dirigió al radiotelegrafista— no intente ninguna maniobra con la radio. Esto no es una broma.

El piloto se detuvo, mirando con ojos interrogadores a la azafata. Se había apartado ligeramente de Fawcett, y contemplaba la escena con mirada medio de miedo y medio de incompreensión. Respondió a la muda pregunta del hombre con un gesto explícito: ella no sabía nada. Estaba tan sorprendida como los demás.

Fawcett indicó al piloto su asiento.

—Será mejor que vuelva a su puesto —dijo. Y luego, dirigiéndose al radiotelegrafista—: En cuanto a usted, levántese de aquí y diríjase hacia el rincón donde se encuentra la señorita.

El radiotelegrafista cruzó una mirada interrogadora con el piloto, y éste asintió levemente con la cabeza. De momento, nada podían hacer salvo obedecer. Aceptaron como tales las órdenes de Fawcett, y cada uno cumplió lo ordenado.

Fawcett se dirigió hacia el aparato transmisor-receptor de radio y, sin apartar un momento la vista de los tres hombres y la mujer, lo desconectó. Luego volvió a encararse con ellos.

—¿Puede saberse a qué se debe su actitud? —inquirió nuevamente el piloto, que había seguido atentamente sus movimientos—. ¿Qué pretende con lo que está haciendo?

—Pretendo la salvación de todos nosotros, simplemente —replicó Fawcett—. Nada más ni nada menos.

El piloto dejó oír una risita sarcástica.

—Sí, naturalmente. Penetrando aquí por la fuerza, ¿verdad?

—Exactamente. De otro modo no me hubieran escuchado.

—¿De veras?

Fawcett no hizo caso del tono hiriente de aquellas palabras. Contempló un momento el cañón de su pistola antes de responder:

—Sí. Les voy a hablar claramente, dejándonos de rodeos y circunloquios inútiles. En este avión, concretamente en el primer motor del ala izquierda, ha sido instalada una bomba. Su mecanismo de explosión está conectado con el tren de aterrizaje, de modo que, tres minutos después de bajarse éste, estalle.

—¿Y bien? Suponiendo que esto sea verdad. ¿Por qué nos lo cuenta a nosotros? Aquí no se puede remediar nada. ¿Por qué no lo hizo en Nueva York, antes de que el avión despegara?

Ahora fue Fawcett quien rio en forma sarcástica.

—¡Claro que lo hice!, pero no tuvieron en cuenta mis palabras. No tengo ninguna prueba material que demuestre mis afirmaciones.

—Pero sus afirmaciones son ciertas, ¿verdad?

—Exactamente.

Los ocupantes de la cabina se cruzaron una explícita mirada.

—Ya. Y para demostrarlo, ha subido a este avión dispuesto a impedir que estallara la bomba.

»Y finalmente aparece aquí con un arma en la mano, dispuesto a convencernos de la veracidad de sus afirmaciones. Muy interesante todo. ¿Quiere que le de mi opinión, amigo? Simplemente, está usted completamente loco si cree que nos vamos a creer este cuento tártaro. ¿Qué es lo que realmente quiere de nosotros?

—Nada. Simplemente que, al llegar a Londres, no utilicen el tren de aterrizaje para tomar tierra.

El piloto se puso en pie de un salto. Su rostro adquirió un matiz grave.

—¡Está usted loco! —gritó innecesariamente.

—Tal vez.

Fawcett se cambió el arma de mano.

—No es la primera vez que me lo dicen en el día de hoy. Tal vez porque lo único que a mí me interesa es evitar la pérdida inútil de ciento sesenta y cuatro vidas humanas.

—¿De veras? ¿Acaso no sabe las dificultades que hay en un aterrizaje forzoso sin ninguna clase de tren?

—Sí. Puede resultar algún herido, quizás incluso algún muerto. Pero si este avión toma tierra desplegando su tren de aterrizaje, no habrá nadie que se salve de la muerte. Nadie, ¿comprenden? Ante tales alternativas la elección no es dudosa.

El Piloto movió la cabeza. En su cara se pintaba claramente la opinión que le merecían las palabras que acababa de escuchar.

—Está bien, usted tiene una pistola, y por eso es superior a nosotros. Pero le advierto Una cosa: aunque nos mate a todos no conseguirá que intentemos tomar tierra sin tren de aterrizaje. ¿Entiende?

—Sí, entiendo, y no es necesario que me lo repita. Desde el principio contaba con que ustedes no accederían a lo que yo les he dicho. No importa. Esta palanca es la que gobierna el tren de aterrizaje, ¿verdad?

Los ojos del piloto se agrandaron.

—¿Qué intenta hacer? —exclamó.

—Nada. Simplemente inutilizarla.

Y antes de que nadie pudiera apercibirse de sus intenciones, sonaron estruendosos dos disparos.

En los primeros momentos que siguieron nadie Pareció comprender el exacto significado de aquellas dos detonaciones. El primero en apercibirse de ello fue el piloto. Y de repente lanzó un rugido, abalanzándose contra Fawcett.

Éste ya se lo esperaba, y cuando lo tuvo encima le descargó un fuerte puñetazo en plena cara. El piloto reuló, quedando apoyado contra su mismo asiento, atontado. La azafata lanzó un grito y el radiotelegrafista, saliendo de su inmovilidad, atacó a Fawcett.

Éste lo rechazó por el simple procedimiento de darle un fuerte empujón en el pecho. El hombre trastabilló, y fue a caer contra el copiloto, que perdió momentáneamente el dominio de los mandos. El aparato dio un bandazo. Fawcett, desprevenido, perdió el equilibrio, cayendo al suelo. El piloto, aprovechando la ocasión, se lanzó contra él. Durante unos minutos forcejearon, el primero intentando posesionarse del arma, y Fawcett

haciendo lo posible por evitarlo. Cuando el aparato recobró la horizontalidad, Fawcett logró imponerse a su antagonista. Lo golpeó de nuevo en la cara, y el piloto se vio obligado a recular por segunda vez, perdiendo el equilibrio. Su mano buscó inútilmente un asidero donde agarrarse para no caer. No lo encontró, y fue a dar contra la inclinada palanca del tren de aterrizaje, cayendo encima de ella y accionándola involuntariamente.

En el mismo instante, en el tablero de instrumentos del aparato empezó a parpadear intermitentemente una luz, al tiempo que un acompasado bip-bip señalaba a los ocupantes de la cabina que el tren de aterrizaje no había salido de su alveolo: el aparato de alarma indicaba que el mecanismo del tren de aterrizaje no había funcionado.

Por unos momentos, un tenso silencio se adueñó de la cabina. No se oía ningún ruido, salvo el monótono bip-bip que señalaba la anormalidad. El piloto quedó unos instantes inmóvil, como alelado. Luego, volviéndose en un arranque de furia, cerró bruscamente el aparato. Instantáneamente el sonido se apagó.

Fawcett volvió a sentirse dueño de la situación. El piloto se volvió hacia él, limpiándose con el dorso de la mano la sangre que le manaba de la nariz. Contempló los dos impactos que mostraba el aparato accionador del tren de aterrizaje.

—Maldito mamarracho...

Fawcett rio quedamente.

—Puede insultarme todo lo que quiera, amigo. Yo no me inmutaré por ello. Pueden decirme, si les place, lo peor que les venga por la cabeza. *Pero ahora yo ya sé que el tren de aterrizaje no podrá ser bajado en este viaje.*

9

SIGUIERON UNOS INSTANTES de tenso silencio. Tan sólo el apagado zumbido de los motores ponía una nota de grave diapasón en el ámbito de la cabina. Los cuatro hombres se miraban fijamente entre sí, dejando asomar por sus

ojos todos los pensamientos que pasaban por sus cabezas. Al cabo, fue Fawcett quien volvió a hablar.

—Bien, pueden hacer ahora lo que deseen. Pueden gritar, chillar, maldecir, blasfemar. Aunque les aconsejo que procuren conservar la calma. La necesitarán para cuando el avión aterrice en Londres. Y otra cosa. Les aconsejo que no intenten nada contra mí. Pueden matarme si lo desean, pero ¿de qué les servirá? Es mejor que esperen a que hayamos aterrizado. Entonces les prometo darles toda clase de satisfacciones. A ustedes, y a las autoridades del aeropuerto.

Y sin decir más, dio media vuelta, abrió la puerta, y salió.

La primera reacción del radiotelegrafista fue lanzarse también hacia la puerta, en seguimiento de Fawcett. Pero el piloto lo agarró por un brazo, deteniéndolo.

—Déjalo, Pat. El tipo tiene razón. No lograremos nada enfureciéndonos inútilmente y lanzándonos contra él. Ya habrá tiempo para todo. Ahora debemos ocuparnos de otras cosas más importantes.

El radiotelegrafista se restregó las manos, mirando fijamente la puerta tras la cual había desaparecido Fawcett. Sus ojos reflejaban claramente lo que sentía.

—Sí, tal vez tengas razón. ¿Qué hacemos?

El piloto volvió a mirar la palanca, y no contestó. Fue a sentarse en su sitio, y tomó los mandos. Luego indicó al copiloto:

—Averigua si hay la posibilidad de reparar el mecanismo del tren de aterrizaje, Gus. Que Pat te ayude.

El otro se levantó, dejando el gobierno del avión en manos del piloto. Entre él y el radiotelegrafista levantaron la gran tapa metálica que circundaba la palanca, dejando al descubierto sus piezas internas de manejo. El copiloto se metió allí, observando todos los aparatos y moviendo ejes y palancas. Sus manos y su ropa se untaron completamente de grasa y aceite...

La azafata, que no se había movido de la cabina, silenciosa hasta entonces, se acercó al piloto.

—¿Crees que haya dicho la verdad, Walter? Me refiero a lo de la bomba.

El hombre refunfuñó por lo bajo una maldición.

—No lo sé, Lorna, ni me importa. Lo que sí puedo decirte es que el tipo se lo llevaba muy bien planeado todo. Al parecer no le importa que luego, si llegamos a tierra con bien, le metan en chirona las autoridades inglesas. Y te advierto que yo seré el primero en hacer que esto suceda; te lo juro.

El copiloto emergió del agujero completamente untado de grasa. Se restregó las manos y negó con la cabeza.

—No hay posibilidad de repararlo, Walter. El tipo no disparó al azar; sabía muy bien lo que hacía cuando apuntó donde apuntó. El sistema hidráulico suelta aceite a caño libre.

El piloto oprimió los dedos sobre el volante de dirección.

—Bien —musitó, tras cortos instantes de silencio—. No creo que nos sirva de nada enfurecernos y chillar en estos momentos. Este tipo se saldrá con la suya; no nos quedará más remedio que prepararlo todo para un aterrizaje forzoso.

Y dirigiéndose al radiotelegrafista:

—Comunica con Londres y explícales lo sucedido y nuestra situación actual, Gus. Diles que preparen la pista para una toma de tierra sin tren de aterrizaje. Y que sea lo que Dios quiera.

10

FAWCETT SALIÓ DE LA CABINA de pilotaje, metiéndose la pistola en el bolsillo para que ninguno de los pasajeros la percibiera. Las paredes del avión estaban hechas a prueba de ruidos, Y nadie había oído las detonaciones de la pistola; por esto, todo estaba tranquilo como antes. Adoptó una actitud indiferente, y siguió adelante hacia su sitio.

En aquel momento avanzaba hacia él la otra azafata del aparato. Al verle salir de la cabina de pilotaje se sorprendió. Tuvo unos momentos de vacilación, y luego se acercó decidida a él.

—Su compañera se encuentra dentro de la cabina —informó Fawcett antes de que ella tuviera ocasión de formularle ninguna pregunta—. Ha sucedido un ligero contratiempo y... bueno, ya lo sabrá usted misma dentro de poco.

Y siguió adelante, dejando detrás suyo a la sorprendida azafata, perpleja aún por las palabras que acababa de escuchar.

Pero no anduvo mucho trecho. Una voz le detuvo cuando sólo había dado un par de pasos.

—¡Ben!

A su lado, una mujer acababa de levantarse de su asiento. Era alta, bien proporcionada, de cutis moreno y ojos profundamente negros. Su mirada se posó aleteante en el rostro de Fawcett.

Era Hellen.

—¡Ben! —repitió—. ¿Qué haces tú aquí?

Fawcett tragó saliva, maldiciéndose interiormente. No le desagradaba en absoluto la idea de ver de nuevo a Hellen, de poderla hablar; antes al contrario. Pero aquello significaba tener que dar explicaciones. Y esto último era algo que no le seducía demasiado.

La muchacha salió al pasillo, dirigiéndose hacia él. Todas las miradas de los restantes pasajeros estaban curiosamente concentradas en ellos. A Fawcett no le hacía la menor gracia aquello, de modo que, apenas estuvo Hellen a su lado, la cogió del brazo y le dijo, antes de que ella pudiera abrir de nuevo la boca:

—Ven, Hellen. Vamos a tomar un trago.

Y tiró de ella hacia la parte posterior del aparato, donde se encontraban los servicios de lavabo, bar y el departamento de las azafatas.

Apenas llegados allí, Hellen se separó de Fawcett y se le quedó mirando fijamente, con un claro aire de sorpresa en sus negríssimos ojos.

—Ben, no te comprendo —murmuró—. Actúas de un modo muy raro. Además, tu presencia aquí... No me lo explico.

—Lo comprendo, Hellen —atajó rápidamente Fawcett—. Comprendo tus pensamientos.

Permaneció unos instantes contemplándola admirativamente, con atención, y luego murmuró:

—¡Eres maravillosa! ¡Y estás más guapa que nunca!

La muchacha hizo un mohín de desagrado.

—¡Ben! ¿Crees que éstos son momentos de decir galanterías? Quiero saber por qué estás aquí, y qué haces.

Fawcett volvió a la realidad. Carraspeó levemente, y suspiró.

—Está bien, Hellen. ¿Te lo creerías si te dijera que me encuentro aquí para disfrutar de tu presencia un par de horas antes del tiempo previsto?

—¡Ben, no digas tonterías, por favor! ¿Te crees que soy tan ingenua? Además, ¿por qué no te presentaste al principio del viaje? ¿Por qué salías ahora de la cabina de los pilotos?

Fawcett se restregó las manos en el pantalón.

—A ti no puede ocultársete nada, Hellen; eres un diablo. Pero sería muy largo de contar si te explicara los motivos de mi presencia aquí desde un principio. ¿Te conformarás con saber que me encuentro cumpliendo una misión especial?

—No.

—Me lo suponía. Oye, Hellen. Lo siento, lo siento muchísimo, pero me es imposible ahora explicarte los motivos de mi presencia aquí, y el por qué te haya rehuído hasta ahora. Si te lo contara no me creerías... ¡En fin! Te prometo que, cuando lleguemos al aeropuerto de Londres II, te lo explicaré todo con pelos y señales. ¿De acuerdo?

La mirada de la muchacha decía bien claramente que no estaba de acuerdo, pero se abstuvo de decirlo en palabras. Fawcett lanzó un suspiro.

—Además, ¿qué importa esto? Lo importante es que estoy aquí, ¿no? Te tengo a mi lado y... Aunque te parezcan palabras de folletín pasado de moda, soy el más feliz de los hombres, Hellen. Y te quiero más que nunca.

La atrajo hacia sí, sin que ella hiciera ningún gesto para evitarlo. La besó en la boca, poniendo en el beso todo su ardor y todo su entusiasmo, las bocas se separaron, ella sonrió levemente.

—Yo también te quiero, Ben. Aunque no tengas confianza en mí.

Interiormente, Fawcett suspiró de alivio. Lo peor había ya pasado. Volvió a estrechar a la muchacha contra sí, y depositó en sus labios un nuevo beso.

—Tengo confianza en ti, Hellen —dijo— pero no puedo explicarte nada ahora. Volvamos a nuestros sitios. Todavía falta un poco de tiempo para llegar a Londres y aquí no estamos demasiado cómodos.

La enlazó por la cintura, y juntos regresaron a la cabina general de pasajeros.

11

—**A**HÍ ESTÁ LONDRES.

Walter, el piloto, miró hacia adelante a través del visor de la cabina, y pudo ver allá abajo las luces distantes de la ciudad, que se acercaban por momentos. Sin volverse, inquirió:

—¿Qué dicen desde allí?

El radiotelegrafista se quitó los auriculares, meneando la cabeza.

—Lo están preparando todo a marchas forzadas, pero hasta dentro de unos quince minutos no lo tendrán listo. Debemos permanecer sobrevolando el aeropuerto hasta entonces.

—Bien, no nos quedará más remedio que hacer esto. ¿Cuánto combustible nos queda?

—Trescientos —indicó el copiloto.

Walter meditó brevemente.

—De acuerdo. Daremos vueltas ahí arriba hasta que nos avisen. Luego deberemos desprendernos del combustible que nos sobre. Y después...

Se volvió hacia la azafata, que había permanecido en la cabina desde que Fawcett la obligara a ir allí, y le indicó:

—Deberás comunicar a los pasajeros lo que sucede, Lorna. Pero procura hacerlo de modo que no se alarmen demasiado.

La muchacha dudó unos momentos.

—Creo que esto es algo que deberías hacer tú Walter —dijo al cabo—. Tú personalmente, eres el capitán, y tus palabras sonaran mejor que las mías.

—Sí, tal vez tengas razón.

Hizo un gesto al copiloto para que se hiciera cargo de los mandos, y se levantó de su asiento. El otro le hizo una seña con la mano deseándole suerte.

—Gracias. La necesitaré. Abrió la puerta que comunicaba con el departamento de viajeros, y avanzó por el pasillo central. Al llegar a la altura donde estaba sentado Fawcett se detuvo. Fue sólo unos segundos, en los que la mirada de ambos se cruzó, y luego Siguió su marcha hacia el compartimiento posterior. Abrió una pequeña puertecita incrustada en la pared, y sacó de su interior un micrófono. Lo conectó con la red general de altavoces del aparato, sopló suavemente para comprobar su perfecto funcionamiento, y luego carraspeo.

—¡Atención! —su voz hizo que todos los pasajeros volvieran la cabeza hacia él—. Les habla el capitán del aparato. He de comunicarles algo de la máxima importancia. Debido a un... a un accidente, el tren de aterrizaje ha quedado inutilizado. No voy a ocultarles la gravedad de la situación. Hemos intentado reparar la avería, pero ha sido imposible. Nos veremos obligados a realizar un aterrizaje forzoso. ¡No se alarmen por favor! Conserve la calma. El personal del aeropuerto de Londres II está convenientemente informado de lo que sucede, y estarán prevenidos por si ocurriera algo anormal. Les ruego que conserven la calma en todo momento; el pánico colectivo no traerá más que entorpecimientos y posibles desgracias. Lo que deben hacer es...

No pudo continuar. Desde el principio de sus palabras un murmullo había empezado a brotar de todas las gargantas, un murmullo que fue aumentando y ampliándose a medida que hablaba, hasta ahogar su propia voz. Empezaron a sonar voces que hablaban entre sí. Alguien gritó: «¡Dios mío, estamos perdidos!», y otras voces se le unieron. Y de pronto.

—¡Cállense!

La exclamación fue pronunciada con tanta energía que dominó todas las demás voces. Fawcett se había puesto en pie, colocándose en mitad del pasillo. Todos los rostros se fijaron en él.

—Señores, ustedes me han visto no hace mucho penetrar en la cabina de pilotaje, y salir de ella poco después. Yo estoy al corriente de la gravedad de la situación. Es cierto, nos veremos obligados a realizar un aterrizaje forzoso, sin tren: directamente del avión al suelo. ¿Pero sabe alguien de ustedes si esto es o no peligroso, y en qué grado? En el aeropuerto habrán tomado las medidas oportunas, cubriendo toda la pista de aterrizaje con una espesa capa de espuma. Además, al final de la pista estarán esperando muchos coches extintores dispuestos a atajar cualquier conato de incendio que pudiera producirse. Los aviones modernos se encuentran protegidos contra casi toda clase de accidentes, y el vientre del aparato está guarnecido con una espesa capa de amianto que amortiguará el frotamiento. Sí, puede ser que el aparato estalle, pero esto no será hasta que todos nosotros hayamos tenido tiempo suficiente de abandonar el avión y ponernos a salvo. Esto si conservamos la calma y escuchamos todas las indicaciones que nos haga el capitán. ¿Qué sacaremos chillando y aterrorizándonos como ratas acobardadas? Nada absolutamente, salvo perjudicarnos nosotros mismos. Les ruego por lo tanto que mantengan el orden y la calma, y será mucho mejor para todos. Incluso para ustedes mismos.

Siguió un silencio a estas palabras, en el que nadie se atrevió a abrir la boca. Más que las mismas palabras, había impresionado su tono seco, firme y autoritario. Fawcett paseó su mirada por todos los pasajeros, y se volvió luego hacia Walter.

—Prosiga, capitán —indicó.

El piloto apretó entre sus manos el micrófono, y por unos momentos pensó en lanzar una respuesta contra Fawcett. Pero se contuvo. Adoptando de nuevo un aire tranquilo, empezó a dar sus instrucciones: Cuando el aparato se detuviera en tierra, lo primero que tendrían que hacer los pasajeros sería dirigirse rápidamente a la puerta de acceso del aparato, saltando al exterior. Como había dicho muy bien «mister Brown» pronunció el nombre con un leve dejo de ironía, imperceptible para todos salvo para

Fawcett y él, el aparato podía estallar, de modo que, en seguida que tocaran de pies al suelo, deberían alejarse del aparato hasta la línea de protección y seguridad que marcarían la policía y los bomberos. Las mujeres y los niños deberían ser los primeros en saltar, seguidos inmediatamente por los hombres. Ellos, los tripulantes del aparato, serían los últimos en hacerlo.

Cuando terminó, indicó:

—Ahora sujétense fuertemente los cinturones, por favor. Y colóquense algún objeto que no sea cortante ni tenga aristas entre los dientes. Esto —explicó—, es para evitar que involuntariamente se corten los labios o la lengua con los dientes si hay algún choque demasiado brusco.

Cuando, tras satisfacer las preguntas y consideraciones que llovieron sobre él apenas hubo terminado de dar sus indicaciones, regresó a la cabina de pilotaje, su frente estaba perlada de finas gotitas de sudor. Se las secó con un pañuelo, y lanzó un fuerte suspiro.

—Se lo han tomado con relativa calma —murmuró—, aunque he de añadir, a pesar de que no me hace maldita la gracia, que en su mayor parte se lo deben al discursito que les endosó este maldito «mister Brown» de todos los diablos. De todos modos —añadió—, será mejor que tú estés por allí, Lorna. Puede ser que alguien se desmande demasiado.

La muchacha asintió con la cabeza, y se dirigió hacia la puerta de comunicación con la cabina de pasajeros. En aquel momento el telegrafista se volvió.

—Comunican de Londres II que la pista está preparada —informó—. Nos desean suerte.

El piloto fue a ocupar su puesto, haciéndose cargo de los mandos.

—Gracias —replicó entonces, sin volver la cabeza—. Creo que la vamos a necesitar.

Y se preparó para el aterrizaje.

ALLÁ ABAJO, la pista de aterrizaje era una enorme cinta blanca, alargada, en cuyo final se podían divisar los bultos negros de numerosos coches y camiones, aguardando.

Con el fin de evitar que la fricción del vientre del aparato contra el suelo produjera un súbito incendio antes de tiempo, toda la extensión de la pista de aterrizaje había sido cubierta con una gruesa capa de espuma extintora. A ambos lados, los focos relucían más potentes que nunca, marcando la ruta a seguir y haciendo que la pista brillara cegadoramente. Las ambulancias y los coches de bomberos estaban listos para entrar rápidamente en acción...

Walter se dirigió a su copiloto, ordenándole:

—Suelta todo el combustible.

Con el fin de evitar que la existencia de sustancias inflamables provocara el fácil incendio del avión, todo el combustible sería arrojado antes de tomar tierra, dejando que el avión planeara hasta el final. El copiloto movió una palanca, y el indicador de combustible fue descendiendo gradualmente a medida que éste salía de los depósitos, hasta llegar a marcar cero. Entonces el piloto oprimió fuertemente la barra del timón, haciendo descender ligeramente el aparato de proa.

La pista de aterrizaje se iba acercando por momentos. Walter modificó ligeramente el rumbo, centrando el aparato sobre ella. Por el cristal del visor delantero de la cabina se veía como la pista iba subiendo y agrandándose gradualmente, acercándose por momentos al aparato y pugnando por llegar al mismo nivel...

—Sujetaos fuertemente —indicó Walter— y que Dios nos ayude.

El principio de la pista fue acercándose velozmente al aparato. Desapareció bajo él. Walter empujó un poco el timón, y el avión descendió unos metros más, hasta que entró en contacto con el suelo. Se oyó un crujido, y el aparato pegó un bote, levantándose de popa. Walter mantuvo férreamente sujeta la barra de dirección, enderezándola, y el aparato volvió a entrar en contacto con tierra. Se oyeron chasquidos, ruido de desgarrones... El avión botó sobre sí mismo, avanzando a saltos... Walter tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para mantenerlo dentro de la pista,

evitando que se saliera por uno de los lados. A sus ojos todo saltaba en bruscos espasmos, bailaba locamente a medida que el aparato iba avanzando, entre botes, hacia el final de la pista. Lentamente la velocidad fue menguando. Se oyó un chasquido, y el aparato giró levemente de costado. Un hábil golpe de timón, y volvió a centrarse sobre la pista. A saltos, como un caballo desbocado que quisiera librarse de su molesto jinete, continuó su marcha...

Al fin se detuvo. Habían pasado tan sólo unos segundos, apenas un minuto, desde que entrara en contacto con la pista, pero para todos sus ocupantes parecieron siglos. Los cristales de la cabina, irrompibles e inastillables, estaban todos ellos cruzados por sinuosas líneas blancas, equivalentes a distintas y numerosas rasgaduras. El techo de la cabina estaba abollado, y la barra de dirección se apreciaba ligeramente torcida...

Walter lanzó un suspiro de satisfacción. No todo había ido demasiado mal. El aparato había resistido, y se encontraban sanos y salvos en tierra. Podía haber algún herido, alguien magullado, pero indudablemente no había habido ningún muerto. Luego, aunque el aparato estallara...

Finas gotitas de sudor perlaban su frente, y sus manos temblaban debido al esfuerzo realizado para mantener firme la barra de dirección. El copiloto se levantó, ayudándole a él a hacer lo propio. Estaban ligeramente magullados debido al traqueteo, pero esto no era nada importante. Avanzaron hacia la puerta que comunicaba con la cabina general de pasajeros, previsoramente la habían dejado entreabierta, a fin de que los movimientos que pudiera sufrir el metal del aparato no la encajara en su sitio. Aun a pesar de esto, la hoja había quedado ligeramente combada debido a las presiones, y tuvieron trabajo en acabar de abrirla. Pasaron al otro lado, y se dieron de manos a boca con Fawcett, que acudía corriendo.

—¿Se encuentran bien?

El piloto contestó con una sonora maldición, y Fawcett sonrió ligeramente.

—De acuerdo, amigo. Aunque no creo que ahora le sirva de nada exaltarse. Es preciso que salgamos de aquí. Luego, abajo, arreglaremos todas las cuentas que quieran.

Se dirigieron todos hacia la salida, por la que acaban de saltar las azafatas y los últimos pasajeros. Apenas asomaron por la puertecilla, una voz les gritó desde el exterior:

—¡Pronto, salten! ¡El aparato puede estallar de un momento a otro!

Se dejaron caer al suelo, alejándose a la carrera de la mole de metal. Alrededor, varios coches extintores de incendios lanzaban sus chorros de blanca espuma contra el aparato, intentando apagar el fuego que empezaba a brotar de uno de los motores antes de que se extendiera demasiado. La blanca espuma caía sobre todo el aparato, dando la impresión de que estaba completamente nevado. Finalmente, el incipiente fuego pudo ser reducido.

—Ahora ya no hay peligro —murmuró un bombero que contemplaba la escena, muy cerca de Fawcett—. Ya no puede estallar.

Fawcett lanzó un suspiro. Formando un círculo alrededor del aparato, marcando el límite de la zona de seguridad, había un cordón de policías. Allí, junto a él, apiñándose en un intento de ver el aparato siniestrado desde fuera, se encontraban los restantes pasajeros. Fawcett notó que una mano le cogía por el brazo, y Hellen apareció a su lado.

—¿Te encuentras bien?

Asintió con la cabeza.

—Mejor que nunca —respondió, convencido de sus palabras.

Y volvió a mirar al aparato. Lo había conseguido. Había conseguido vencer al destino, al tiempo. Hellen estaba allí, a su lado, viva. Él la había resucitado.

En aquel momento se acercó un hombre al grupo, seguido de dos policías armados. Los dos pilotos le salieron al encuentro.

—¿Quién fue el promotor de todo? —inquirió tajantemente el hombre, en cuya voz reconoció Fawcett a mister Scott—. Tengo orden de detenerlo inmediatamente.

El piloto iba a hablar, pero Fawcett se le adelantó. Soltándose de la mano de Hellen avanzó unos pasos, hasta colocarse frente al jefe del aeropuerto.

—Fui yo, mister Scott. Y supongo que ya sabrá cuales fueron los motivos que me impulsaron a ello.

El hombre abrió enormemente la boca, mirando fijamente a Fawcett, sin dar crédito a sus ojos. Los dos policías que le acompañaban se acercaron a él, colocándose a sus dos lados con las armas listas.

—¿Usted? —pudo por fin balbucir Scott.

Fawcett asintió con la cabeza, con una sonrisa irónica bailándole por la comisura de los labios.

—Sí, yo. Y me parece que ahora no tendrá más remedio, mi querido mister Scott, quiéralo o no, que ordenar se abra una investigación a fin de averiguar si en el primer motor izquierdo del aparato iba o no una bomba, conectada con el tren de aterrizaje. Y me da en la nariz que, una vez lo haya comprobado, tendrá algunos dolores de cabeza muy fuertes, y empezará a lamentar muchas cosas que hace poco creía eran las más acertadas.

13

EFECTIVAMENTE, Henry Scott empezó muy pronto a tener dolores de cabeza. Y más fuertes de lo que hubiera debido suponer.

La revisión del primer motor izquierdo del aparato, realizada por peritos especialistas en la materia, trajo como consecuencia el hallazgo de la bomba, conectada con el sistema hidráulico del tren de aterrizaje. La evidencia era suficientemente clara. Asimismo, en su despacho se presentó poco después un enviado especial del Gobierno —el encargado de recoger los documentos de Lloyd Harold Finnegan a la salida del aeropuerto— a fin de investigar las causas del aterrizaje forzoso. Al saber lo de la bomba, felicitó efusivamente a Fawcett por su meritoria acción, mientras Scott tenía que tragarse su orgullo y empezar a pensar que su puesto en el aeropuerto no estaba demasiado seguro.

La reunión en el despacho del jefe del aeropuerto, en la que concurrieron éste, el enviado especial del gobierno y Fawcett, duró dos horas largas. En ellas, el enviado especial habló de lo que llevaba el avión, a la par que hacía numerosas y bienintencionadas preguntas a Fawcett sobre cómo había logrado saber lo de la bomba en el aparato... Éste tuvo que

hacer verdaderos malabarismos para sortearlas con habilidad, hilvanando una historia más o menos verosímil, pero completamente distinta de la verdadera. Al final, y temiendo no poder sostener por más tiempo la mentira, pidió por irse lo antes posible, ya que allí de momento no era necesario, alegando otras ocupaciones. El representante del gobierno accedió inmediatamente, diciendo que él se hacía responsable de Fawcett ante las autoridades por la pérdida del aparato, repitiendo por enésima vez su reconocimiento y el del gobierno por el servicio prestado, y estrechando de nuevo calurosamente su mano, con la promesa adjunta de que influiría en las altas esferas para que se le otorgara una condecoración o se le diera algún título honorífico. Fawcett lo agradeció todo amablemente, y salió con rapidez del despacho.

Ahora ya no le interesaba nada del avión ni de sus ocupantes. Aunque no era su intención desengañar a nadie, tenía que reconocer que no había hecho todo lo que había hecho por los documentos ni por nada semejante. La razón había sido otra más simple y más personal, y podía resumirse en un solo nombre: Hellen. Esto era lo único que le había importado, y ahora que ya lo había conseguido ya no quería nada más; ni medallas, ni honores, ni reconocimientos. Con aquello le bastaba.

Bajó corriendo al edificio destinado a recepción de viajeros. Había quedado con Hellen encontrarse de nuevo allí una vez solucionado todo, y ansiaba por verla de nuevo junto a él. Atravesó numerosas dependencias, franqueó numerosas puertas, y...

Llegó al sitio indicado. Entró, seguro de sí mismo, dispuesto a ir rápidamente al encuentro de la muchacha. Pero a medio camino se detuvo, retrocediendo y escondiéndose rápidamente tras el amparo de una columna.

Porque Hellen se encontraba hablando con otra persona. *¡Y aquella otra persona era él mismo!*

Por unos momentos quedó perplejo, sin comprender el significado de lo que acababan de percibir sus ojos. Pero pronto cayó en la cuenta de ello. ¡Simplemente, aquel hombre era Benjamin Fawcett, pero el Benjamin Fawcett de ayer, del día anterior! Al viajar por el tiempo, había desdoblado su personalidad, convirtiéndose en dos personas idénticas al mismo tiempo.

Y aquél era el *él* de ayer, el que tenía que presenciar el accidente y en cambio hallaba a Hellen sana y salva. El hombre que no era más que *él mismo*, un día más joven en edad, pero idénticamente él mismo.

Y lo más divertido del caso era que aquel Benjamin Fawcett no sabía nada de lo sucedido en Londres ni en el avión, ni conocía los motivos del aterrizaje forzoso... Y naturalmente, cuando Hellen le interpelara para saber la verdad y los motivos de lo acontecido, no podría ni siquiera responder una palabra...

Estuvo a punto de lanzar la carcajada, dejando que la situación continuara así. Pero lo pensó mejor. Era mejor acabar con aquello antes de que se pusiera difícil para el otro Fawcett. Agarró a un botones que pasaba por allí, y le deslizó un par de libras en la mano.

—¿Ves aquella señorita que se encuentra allí? —señaló a Hellen, que seguía hablando, mejor dicho, discutiendo con el otro Fawcett—. Pues bien: te acercas a ella, y le dices que aquí hay un señor que desea hablarle a solas. *A solas*, ¿entiendes bien? Anda.

El chaval asintió con la cabeza, y se dirigió hacia la muchacha. Fawcett, desde su escondite, contempló como le hablaba miraba al otro Fawcett, arrugaba el ceño, soplaba algo por lo bajo, se rascaba la cabeza y salía pitando después de allí. Sonrió. No es muy corriente hallarse en pocos minutos de intervalo a dos hombres completamente idénticos el uno al otro, incluso vistiendo los dos el mismo traje, pero siendo dos personas distintas.

Hellen le dijo algo al otro Fawcett, con evidente gesto de contrariedad en su semblante, y se dirigió hacia allí. Fawcett se ocultó tras la columna, y cuando ella llegó allí le salió al paso.

—Ya estoy aquí, Hellen.

La muchacha le miró y lanzó un ahogado grito de sorpresa. Miró hacia atrás y murmuró:

—¡Ben! ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo es posible...?

Se volvió a mirar al otro Fawcett, que en aquellos momentos contemplaba la gente, en su mayor parte periodistas y curiosos atraídos por el suceso, que circulaba a su alrededor. Ben rio quedamente.

—No te asombres, Hellen. Somos idénticos en todo. Incluso te diré que somos la misma persona...

La muchacha continuaba mirando alternativamente a Fawcett y a su doble. En su cara se pintaban el desconcierto y la incomprensión.

—Te parece algo imposible, ¿verdad? Sí, a mí también me lo parecería si estuviera en tu lugar. Pero es cierto, no hay vuelta de hoja. Ésta es la respuesta a lo que me preguntabas en el avión. Dos Benjamin Fawcett.

—Pero ¿qué clase de broma es ésta?

—Ninguna clase de broma, Hellen. —Fawcett hizo un gesto con la mano, impidiéndola continuar—. Será mejor que no hables todavía hasta haberme escuchado. He de decirte varias cosas antes de que llegues a comprender lo que sucede. Y como estas cosas son un poco largas de contar, será mejor que nos vayamos a otro lado.

—Pero...

—¡Oh, no te preocupes por él! Te esperará, lo sé. Me conozco a mí mismo. Por ti soy capaz de hacer cualquier cosa. Incluso presentarle batalla al tiempo.

Y antes de que la muchacha pudiera decir nada, la agarró por un brazo y la arrastró a otra dependencia, donde estaba enclavado el bar del aeropuerto. Se sentaron a una mesa, y Fawcett pidió dos triples de coñac.

—Los necesitarás para cuando hayas escuchado todo lo que tengo que decirte —explicó.

Y sin demorar más, principió a contarle todo lo sucedido desde que, la mañana anterior (bueno, aquella misma mañana), White le llamara a su despacho para informarle del invento de Bingelow y de su deseo de que fuera a entrevistarlo. Le explicó su visita al inventor, su viaje al aeropuerto, el accidente, su desesperación ante su muerte, la llamada telefónica de White, su idea, su traslado en el tiempo, sus intentos por evitar que el avión despegara y su resolución drástica cuando vio que esto no era posible...

—No sé, no se qué pensar —murmuró Hellen cuando hubo finalizado Fawcett su relato—. Parece todo tan absurdo, tan imposible...

—Sí, Hellen, pero no lo es. Y la prueba la tienes aquí, conmigo y con el otro Benjamin Fawcett, que no es más que yo mismo un día más joven.

Además, mañana podrás leer en los periódicos el hallazgo de la bomba en el avión, e indudablemente la confirmación oficial del éxito del traslato-temporal de Bingelow. Creo que con esto tendrás suficiente.

—Pero ¿y tú? Mejor dicho, ¿y vosotros dos? ¿Cómo es posible...?

—¡Oh, en esto no hay ningún inconveniente! Mañana volveremos a ser uno solo, en cuanto yo regrese a mi tiempo. Volveremos a fusionarnos en una sola personalidad, y entonces él, que está ignorante de todo lo sucedido, volverá a ser yo, con plena constancia de todo lo que he hecho. ¿No lo comprendes?

—No, Ben, no lo comprendo. Lo veo todo tan confuso...

—Sí, me lo imagino. No es fácil hacerse a la idea de que ahora somos dos Benjamin Fawcett, y mañana volveremos a ser uno solo. Es algo difícil de entender. Incluso yo mismo no acabo de verlo claro, a pesar de todo. ¡Pero tiene que ser así, diablos! ¡No hay otra forma explicable de que suceda!

Hellen le posó una mano sobre su brazo.

—Sí, Ben, tienes razón. Indudablemente mañana ya lo veremos todo claro —tomó su vaso de coñac y lo alzó—. Creo que ahora sí lo necesito.

Bebieron ambos y Fawcett contempló su reloj. Hizo el reajuste horario, que hasta aquel momento, con la agitación, había olvidado hacer, y procuró no equivocarse como la vez anterior. No quería exponerse a nuevas sorpresas.

Luego se volvió hacia Hellen.

—Bien, Hellen. Creo que ahora tu deber es volver de nuevo al lado de... ¡bueno, de mi otro yo! Yo he de regresar a la máquina de Bingelow de nuevo, y volver a mi tiempo, a mi hoy, que será tu mañana. Allí nos encontraremos de nuevo.

Se levantaron ambos, y Hellen murmuró:

—No sé qué papel voy a hacerle ahora a... al otro Ben. No puedo hacerme a la idea de que él y tú seáis distintos, siendo la misma persona. ¡Yo sólo quiero a un Ben Fawcett!

—Sí, Hellen, ya lo sé. Pero es que somos sólo uno. Lo que pasa es que nos hemos dividido, formando dos Fawcetts... incompletos. La reunión de

ambos formará el Benjamin Fawcett que tú has conocido siempre.

La muchacha sonrió levemente.

—Sí, creo que tienes razón, Benjamin Fawcett incompleto. Lo miraré bajo este punto de vista. Hasta mañana, cuando vuelvas a reunirte con tu otra mitad.

—Sí, Hellen. Hasta mañana.

La vio alejarse, camino de la sala de recepción de viajeros, y suspiró. En verdad, debía confesarse que tenía celos del otro Ben Fawcett. Ya sabía que eran la misma persona, pero *él* no estaba en el cuerpo del otro. ¡Diablos, aquello era un verdadero lío! Compadecía a los que más tarde hicieran exploraciones en el tiempo y se encontraran en idénticas situaciones.

Se encogió de hombros. Bueno, al fin y al cabo, ¿qué le importaba aquello a él? A la mañana siguiente todo habría pasado, y se encontraría de nuevo al lado de Hellen. Ya no se acordaría para nada de otros Ben Fawcett ni cosas similares. Lo único que tenía que hacer ahora era regresar de nuevo a la esfera, y volver a su hoy. A su hoy, que sería el mañana de Hellen.

Salió al exterior, y llamó a un aerotaxi.

14

EL CONDUCTOR DEL AEROTAXI se le quedó mirando con aire escéptico mientras Fawcett le abonaba el importe de la carrera.

—Sí, exactamente en este sitio. ¿Por qué?

El hombre paseó su mirada por los solitarios alrededores, donde no se distinguía ni una luz, nada que indicara algún signo de vida en medio de la oscuridad reinante. Se encogió de hombros.

—No, por nada. Sólo era un decir. —Y dio marcha al motor, elevándose rápidamente en la oscuridad para irse en busca de la luz y la animación de Londres.

Fawcett observó a su alrededor. Ahora debía buscar la esfera. Sabía que se encontraba allí, en la ladera de la colina que se elevaba a su izquierda,

pero no sabía exactamente el lugar. Debería buscarla. Todo era cuestión de orientación y suerte.

Tardó casi una hora en encontrarla. Estaba igual a como la había dejado, sin ninguna señal de que alguien la hubiera descubierto. Movi6 los cerrojos de seguridad que abrían desde el exterior la puerta, según una combinación especial (el nombre de Bingelow marcado en discos de letras) y la puerta se abrió. Penetró en su interior, encontrándolo todo tal como lo había dejado. Se sentó en el sillón de mandos, y contempló las dos palancas de color rojo.

Suspiró. Hacía tan sólo unas horas que se había sentado en aquella misma cabina, al lado de las mismas palancas. Y en el transcurso de aquellas pocas horas, ciento sesenta y cuatro personas que estaban ya muertas habían vuelto a la vida. Entre ellas, Hellen. Su misión había terminado.

Volvió a tirar fijamente las dos palancas. Dudó unos momentos. Y luego, con decisión, las empujó las dos con fuerza. Ya nada le quedaba por hacer allí. En su hoy le esperaban Bingelow, el mundo, y Hellen.

Cerró los ojos con fuerza, al tiempo que empezaba a sentir los primeros efectos de la energetización. Su último pensamiento antes de sumirse en la inmaterialidad del proceso fue que estaba deseando volver de nuevo a su hoy. Volvería a su hoy.

TIEMPO CUARTO: EL SEGUNDO HOY

1

CUANDO LOS EFECTOS de la energetización cesaron, y dejó de percibir la amalgama de luces, colores y sonidos que le acompañaron durante todo el proceso, se encontró de nuevo en el interior de la esfera. Nada había cambiado, nada demostraba que la esfera se hubiera movido de su sitio. Sin embargo, desde el exterior, alguien estaba tratando de abrir la puerta...

Se levantó del sillón, dirigiéndose hacia ella, en el preciso momento en que ésta se abría y por la abertura aparecía la figura de un hombre. La barbita de chivo que adornaba la parte inferior de su cabeza se movía lentamente al decir su poseedor:

—Bienvenido de nuevo al presente, amigo Fawcett.

Era el profesor Bingelow.

Se estrecharon calurosamente las manos, saliendo al exterior. Todo estaba igual que antes en el laboratorio. Las mismas máquinas, los mismos aparatos...

—Me tenía intranquilo su tardanza —dijo Bingelow—. ¡Nueve horas! Empezaba a temer que le hubiera sucedido algo. Por suerte, veo que no.

—No, profesor. No ha sucedido nada.

Y Fawcett sonrió. Sí, todo habla ido perfectamente. Lo más perfectamente que hubiera podido imaginarse.

Le extrañó que Bingelow no le dijera nada sobre lo del aterrizaje forzoso del estrato-avión y sus hechos posteriores. Naturalmente, al haber cambiado él los acontecimientos, el profesor no recordaría nada de lo del accidente, ya que para él sería algo *que no había sucedido*. Pero los periódicos habrían dicho algo sobre el salvamento del avión, mencionarían

su nombre. Acaso el profesor no habría leído todavía el periódico, se dijo. Sí, esto debía ser.

Salieron del laboratorio, y penetraron en la casa-vivienda del profesor. Éste le condujo a una salita, muy cercana a la puerta de salida de la casa, y le indicó una silla:

—Siéntese, amigo. Deseo que me cuente todas sus experiencias en este su primer viaje por el tiempo. Me serán de gran utilidad para futuros experimentos.

Fawcett asintió. ¿Le diría que había contravenido sus indicaciones, cambiando los acontecimientos a voluntad? Sí, indudablemente. Aunque se enojara por ello, ya nada podría hacer. Ya había sucedido todo. Además, así sabría que, efectivamente, en el pasado sí podía cambiarse el curso de los acontecimientos.

Mientras Bingelow se dirigía al mueble bar de la habitación para preparar unas bebidas, Fawcett paseó su vista alrededor. Allí, sobre una mesita cercana, vio un periódico. Animado por la curiosidad de leer el reportaje del aterrizaje forzoso del avión, así como saber qué grado de participación se le daba a él en el asunto, se acercó hacia allí, dispuesto a echarle un vistazo. Era el «Times». Lo cogió, lo desdobló, miró la primera página...

Y se quedó inmóvil, a la par que un escalofrío le recorría la espalda. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como si no pudieran dar crédito a lo que veían ante sí. Las letras impresas empezaron a bailar locamente ante ellos...

¡Porque allí, en primera página del periódico, a grandes titulares, podía leerse la noticia del trágico accidente del avión que servía la ruta Londres-Nueva York, en el que habían perecido las ciento sesenta y cuatro personas que lo ocupaban, y cuyo origen se debía a un sabotaje premeditado!

UN FRÍO SUDOR PERLÓ SU FRENTE, a la par que sentía un estremecimiento. No era verdad lo que estaba leyendo. No podía ser verdad. Él había salvado el avión, había salvado a sus ciento sesenta y cuatro ocupantes. Aquella noticia ya no existía, él la había destruido. ¿Cómo era que estaba allí, que la veía, que la contemplaba con sus propios ojos?

—¡No! —exclamó—. ¡Es imposible!

Bingelow, que en aquellos momentos estaba sirviendo las bebidas en sendos vasos de cristal tallado, levantó vivamente la cabeza, sorprendido.

—¿Qué es imposible, amigo mío?

Fawcett seguía contemplando el periódico con ojos fascinados. Aquél era el mismo periódico que él leyera aquella mañana. La noticia era la misma, con toda clase de detalles. No había la menor variación. Pero no podía ser. Aquella noticia no tenía razón de existir. ¡Él la había destruido!

Se volvió hacia Bingelow, mostrando la abierta página del periódico.

—Profesor —exclamó—. No puede ser.

Bingelow lo miró con ojos en los que se reflejaba la incomprensión. ¿Por qué no podía ser? ¿Qué tenía de malo un accidente de aviación? ¿Acaso era el primero que sucedía en el mundo?

—No le comprendo, Fawcett. Esto ya era noticia antes de que usted emprendiera la realización del experimento. ¿Acaso no sabía nada de ello?

Fawcett movió la cabeza como si quisiera despejar la bruma que la envolvía. La vista de aquella noticia le había causado un shock mental mucho más fuerte de lo que cabía imaginar.

—Si profesor —murmuró—. Sí, lo sabía. Pero es imposible, absolutamente imposible. ¡Porque yo salvé al avión, profesor! ¡Yo salvé a todos los pasajeros que iban en él!

Bingelow tardó unos segundos en comprender. Sus ojos se agrandaron, a la par que su boca se abría en un principio de exclamación de sorpresa. Dudó brevemente antes de hablar.

—¿Quiere... quiere decir que usted intentó cambiar en el pasado el curso de los acontecimientos? ¿Lo hizo?

—Sí, profesor. Ya... ya sé que desobedecí sus indicaciones, pero debía hacerlo. Es más, ya lo tenía todo meditado cuando... cuando acudí aquí. Si acepté realizar el experimento fue por eso, para salvar el avión. ¡En él viajaba mi prometida!

Bingelow inclinó la cabeza, comprendiendo.

—Y ahora esto le sorprende, ¿verdad? No esperaba encontrarse con esta noticia.

—No.

Bingelow fue a sentarse en una silla, meditativo. Dudó unos momentos antes de hablar.

—Comprendo lo que siente, Fawcett —dijo al fin—, y disculpo su locura de hacer lo que ha hecho. Sus intenciones eran buenas. Pero debió haberme consultado antes. Quizá entonces se hubiera ahorrado muchas molestias y... y este desengaño final.

—¿Desengaño? —Fawcett abrió mucho los ojos—. ¿Qué quiere decir, profesor?

—Pues... tal vez le parecerá duro lo que voy a decirle, pero no es más que la verdad. Con sus esfuerzos, con todo su trabajo, no ha logrado nada, Fawcett. El tiempo es inmutable, a pesar de todo lo que le hagamos. Lo podemos estudiar, lo podemos observar, lo podemos recorrer, pero nunca lo podremos cambiar. Lo que ha sucedido ha sucedido ya, querámoslo o no, y nuestros, esfuerzos por cambiarlo serán inútiles. Es como dar cabezazos contra un muro de piedra.

¡No es verdad, es mentira todo eso! —Fawcett se acercó al profesor. Estaba exaltado, frenético. Aquellas palabras habían tensado sus nervios. Se inclinó sobre él—. ¡Yo vi a Hellen viva, a los restantes miembros del aparato, vivos también! ¡El avión no estalló! ¡Yo estaba en él y no estalló! ¡Y no me diga que lo he soñado; es la verdad!

—De acuerdo, Fawcett; es la verdad. Pero aquí tiene la prueba de lo contrario. Si el avión no hubiera estallado, el reportaje del «Times» sería completamente distinto al que usted acaba de ver.

Fawcett arrugó furiosamente el periódico, sintiendo que algo muy semejante a una garra le apretujaba por dentro. Quiso decir muchas cosas,

demostrar a Bingelow que estaba equivocado, que no podía ser verdad lo que decía. Pero de su boca solamente salió una exclamación, que fue más un lamento que una réplica.

—¡No!

—Sí, Fawcett; sí —la voz de Bingelow era persuasiva. Se levantó, y le colocó una mano sobre su hombro—. Comprendo que usted se resista a esta idea, pero es la verdad. No hay vuelta de hoja.

—¡Pero yo vi a Hellen viva! ¡Yo la tuve a mi lado, hablé con ella! ¡Yo la salvé! ¡No puede haber muerto así, espontáneamente!

Bingelow sonrió tristemente.

—¿Y quién le ha dicho que ha muerto? No, Fawcett, no ha muerto; su Hellen vive.

Un rayo de esperanza iluminó los ojos de Fawcett. Agarró a Bingelow por un brazo, y se lo apretó fuertemente.

—¿Vive, verdad? ¿Lo ve, profesor? ¡Yo tenía razón! ¡Estaba seguro de ello!

—No, amigo; no está seguro. He dicho que su Hellen vive, pero no aquí, donde nosotros nos encontramos. En otro sitio, en otro lugar del universo. En un lugar donde ni usted, ni yo, ni nadie, podremos alcanzarla.

—¿Eh? ¿Cómo...?

Bingelow lanzó un suspiro, llevándose una mano a la cabeza. Fawcett le miraba fijamente, con ansiedad. La voz del profesor tenía dejes de compasión cuando exclamó:

—¡Oh, Dios! *¿Pero todavía no comprende que con su intento de callar los acontecimientos lo único que ha hecho ha sido crear un nuevo mundo?*

3

UN TENSO SILENCIO siguió a estas palabras. Fawcett, con los ojos desorbitados, miraba fijamente al profesor. Sus labios balbuceaban palabras ininteligibles. Al final, pudo articular:

—¿Qué... que quiere decir con esto?

Bingelow volvió a sonreír con aire de lástima.

—La verdad, Fawcett. Nada más que la verdad.

—¡Pe... pero esto es imposible, profesor! ¡Es... es absurdo!

—No, Fawcett; no es absurdo, aunque lo parezca. Los acontecimientos no se pueden cambiar a voluntad, ya se lo he dicho. El mundo es uno, único e inmutable. Y los acontecimientos siguen esta misma línea, que también es única. Una persona no puede a la vez estar viva y haber muerto. Por eso usted, al cambiar el curso de los acontecimientos, al salvar a estas ciento sesenta y cuatro personas, *que ya estaban muertas*, fíjese bien, usted ha creado un absurdo, un imposible. Una persona no puede a la vez vivir y morir. Y esto es lo que usted ha hecho: hacer vivir a unas personas cuyo destino era morir, que ya estaban muertas en el plan del mundo.

»En la Tierra, los acontecimientos se desarrollan tan sólo una vez. Supongamos por ejemplo el caso de Hellen, de su Hellen. Si Hellen muere, usted no se casará, o terminará casándose con otra persona, con la cual tendrá hijos, nietos, etcétera. En cambio, si Hellen vive, usted se casará con ella, y también tendrán hijos, que a su vez se casarán y tendrán otros hijos... Al cabo de mucho tiempo, habrá en el mundo una cierta cantidad de personas que en otro caso, si Hellen hubiera muerto, no habrían existido. Y viceversa, no existirán otras personas que en la otra situación hubieran existido.

»Y aquí está lo fundamental de la cuestión. Hellen, su Hellen, ha muerto. Sin embargo, usted no se resigna al destino, y la salva. Hellen vive, porque usted la ha salvado, pero está muerta, por la sencilla razón de que ya lo estaba cuando usted volvió al pasado. Lo mismo sucede con las otras ciento sesenta y tres personas que viajaban en el avión siniestrado. Ha sucedido un absurdo: ciento sesenta y cuatro personas han muerto, y están vivas. ¿Cuál es la solución de esto? Ambas no pueden estar en el mismo mundo, naturalmente. ¿Entonces? Simplemente, ante esta presión, el mundo entero se ha desdoblado, se ha convertido en dos mundos distintos, diferentes en todo aunque idénticos también en todo salvo en esta variación: en uno hay ciento sesenta y cuatro personas que viven, mientras que en el otro estas mismas ciento sesenta y cuatro personas están muertas.

—Pero... ¿dónde está ese mundo? ¿Por qué no podemos apreciarlo desde aquí?

—Por una razón muy sencilla, amigo Fawcett. Este mundo no es un mundo material, pues su origen no es el de la materia, sino un mundo temporal, pues su origen se encuentra en el tiempo. Es un mundo que empezó a existir ayer, en el mismo momento en que usted salvó el avión con las personas que lo ocupaban. Gira también, como nosotros, en el universo, en este mismo universo, y ocupando nuestro mismo plano material. Pero gira en diferente lugar de la dimensión tiempo. Por esto no podemos verlo, ni apercibirnos de su existencia. Nuestros sentidos son materiales, no temporales. Este mundo está fuera de nuestras posibilidades, fuera por completo de nuestro alcance.

—Entonces, en este mundo...

—Sí, en este mundo existe Hellen, la Hellen que usted salvó. Pero en él también existe Benjamin Fawcett, así como existen otro profesor Bingelow, y otras personas en todo idénticas a cada una de las que existen aquí. Es un mundo exacto a éste, duplicado de éste en todo, menos en la variación de estas ciento sesenta y cuatro personas. Esto hace que sea un mundo distinto al nuestro, y no nuestro propio mundo. *Esto hace que usted, por el simple hecho de haber cambiado el curso de los acontecimientos, haya creado un mundo.*

4

HUBO UN NUEVO SILENCIO. Fawcett comprendía las palabras de Bingelow, y veía que tenía razón. Los acontecimientos lo demostraban; era la única explicación lógica que cabía darles. ¡Pero aquello significaba que había perdido a Hellen definitivamente, para siempre!

—Piense que, hiciera lo que hiciera, usted no la hubiera podido salvar a pesar de sus esfuerzos. Para usted, Hellen estaba muerta desde el mismo momento en que el avión se estrelló en la pista de aterrizaje. Ni siquiera le cabe la esperanza de volver al pasado e intentar hallar el rastro perdido del

otro mundo. Para usted éste desapareció en el mismo momento en que volvió a la esfera, empezando la energetización. Aquél fue su último contacto con él.

Fawcett hundió la cabeza entre las manos, sintiendo que la garra que le atenazaba el pecho se iba cerrando más y más. De su boca escaparon unos leves sollozos...

De repente se puso en pie. Sus ojos brillaron animados por una súbita luz.

—No, profesor. No es cierto lo que ha dicho yo puedo volver a resucitar a Hellen.

Bingelow le dirigió una mirada en la que se aunaban la conmiseración, la sorpresa y la alarma.

—¿Qué? ¿Se ha vuelto loco?

—No, profesor; no me he vuelto loco —se acercó a él, agarrándolo por las solapas de su bata—. Volveré allí. Volveré al pasado, y salvaré de nuevo a Hellen. Nadie podrá impedírmelo. Luego, me quedaré allí. Así, para mí, ella no morirá.

—Muy bien. ¿Y no ha pensado usted en su otro Fawcett?

—Sí, lo destruiré. Lo mataré, y ocuparé su lugar. Luego enviaré su cadáver aquí, al presente, y ocuparé su lugar en su tiempo, mientras él ocupa mi lugar en el mío. ¡Nadie me impedirá que haga esto!

Bingelow se desasíó suavemente de las manos de Fawcett.

—Tranquilícese, muchacho. —Se encuentra exaltado, y esto hace que no piense con claridad. Use su cabeza. Aquel otro yo del pasado, su otro Fawcett, no es más que usted mismo. ¿Qué cree usted que pasará si usted lo mata, si hace lo indicado? Tal vez todo le resulte bien, o tal vez provoque un cataclismo. Piense que pertenecen a dos mundos distintos aunque sean la misma persona. Y el tiempo es inmutable, ya se lo he dicho. No podemos variar los acontecimientos a nuestro antojo. Esto es algo que sólo el Sumo Hacedor puede hacer.

»Además, ¿ha pensado bien lo que se propone hacer? Matar a un hombre. A algo más que un hombre. A usted mismo. ¿Cree que yo permitiría que lo hiciera, que utilizara el traslato-temporal para estos fines?

¿Tanto le ha enloquecido la muerte de su prometida que incluso ha llegado a perder la razón?

Fawcett miró al profesor por unos momentos. Después, lentamente, fue bajando la vista. Se apoyó sobre la mesa, intentando contenerse, mantener su entereza. Y de pronto, sin poderlo evitar, como un torrente incontenible, los sollozos escaparon de su pecho, como una inundación desborda el cauce del río...

Bingelow lo dejó desahogarse sin intervenir, hacer nada por calmarlo. Luego, cuando vio que la crisis iba pasando, le puso una mano sobre el hombro y le dio unos cariñosos golpecitos en la espalda.

—Se encuentra mejor, ¿verdad? —murmuró—. En estas situaciones, lo mejor es desahogarse uno. Luego, cuando todo lo que teníamos almacenado dentro ha salido al exterior, ya todo ha pasado. ¿Me equivoco?

Fawcett, incapaz de hablar, dijo que no con la cabeza. Intentó hablar por dos veces, y a la tercera logró balbucir algunas palabras:

—Lo... lo siento, profesor. Yo...

—No se preocupe, Fawcett, lo comprendo. Me imagino su estado de ánimo y... ¡En fin, me hago cargo!

Fawcett se irguió, asintiendo lentamente con la cabeza. Pensó en que, hacía apenas una hora, se encontraba todavía junto a Hellen, feliz, confiado en el futuro. Y ahora...

—Recuerdo cómo me despedí de Hellen, profesor allí, en el pasado. Dije simplemente: adiós, hasta mañana. Y ella me contestó lo mismo. Confiábamos en el mañana, profesor. ¡Y ahora...!

—Sí, Fawcett. Pero ella lo ignorará todo. Ella tendrá a su Benjamin Fawcett particular.

—Pero éste no seré yo... ¡Será otro!

Se mordió los labios, callándose bruscamente. Luego murmuró:

—Perdone, profesor. Ha sido... el último arranque.

Le invadió un súbito pesimismo. Recordó todo lo acaecido allí, en el pasado, en el día anterior. Pensó en la sorpresa de Hellen cuando Fawcett, su Fawcett, no diera señales de recordar lo sucedido en el avión.

Seguramente olvidaría pronto todo aquello. Era una mujer y estaba enamorada. Viviría con su Fawcett el resto de su vida, dichosa, feliz...

Sí, Bingelow tenía razón. La había perdido para siempre; nada podía hacer. Para él, Hellen no podría ser nunca más que un recuerdo. Un recuerdo dolorosamente impreso en su mente, pero al fin y al cabo un recuerdo. Había sido un iluso al pretender querer igualarse al Sumo Hacedor. Por más que hiciera, el hombre nunca llegaría a dominar los elementos que le regían, a pesar de sus ingenuas fantasías sobre el particular. Sí, no le quedaba más remedio que reconocer su error y su derrota.

—Gracias, profesor. Usted... usted me ha abierto los ojos. Ha sido un despertar doloroso, pero necesario. Gracias, y perdóneme todas las molestias... que le he causado.

Y, como un sonámbulo, dio media vuelta y se dirigió hacia la salida de la casa. Bingelow, lanzando una exclamación, le siguió:

—¡Eh, Fawcett! ¿Adónde va?

Fawcett se encogió de hombros.

—No lo sé, profesor. A buscar un poco de luz en las tinieblas. A poner en orden mis pensamientos. No... no lo sé.

Abrió la puerta de la casa y, lentamente, con el paso cansino de los hombres amargados, derrotados por la vida, salió al exterior.

Bingelow no hizo ningún intento para detenerlo. Sabía lo que le pasaba al muchacho, el duro choque que había recibido. Necesitaba poner en orden sus pensamientos. Luego, cuando las ideas volvieran de nuevo a su mente, cuando la luz llegara a las tinieblas de su cerebro y recobrará de nuevo por entero la razón, volvería a ser el mismo. Dejaría atrás todo lo pasado, y volvería a ser el que siempre había sido: Benjamin Fawcett.

Salió él también al exterior, y dirigió una última mirada a la figura que se alejaba. Sabía que Fawcett volvería allí, a su lado. Más tarde o más temprano, pero volvería. El golpe recibido, antes de anularlo, haría crecer su interés por la dimensión que lo había vencido una vez. Él, que había sido dominado por el tiempo, querría hacer la contrapartida. Lucharía por vencer al tiempo. Y estaba seguro de que lo vencería. Fawcett era de la clase de

hombres que no se rinden ante los desastres. Al contrario, contraatacan. Y si bien ya no lucharía por Hellen, por su ya para siempre perdida Hellen, lo haría por el ansia de vencer, por el afán de derrotar a este elemento que una vez lo había vencido a él.

Sí, Fawcett volvería. Y él lo esperaría, dispuesto a aunarse en su lucha. Juntos harían grandes cosas. Juntos explorarían esta dimensión difícil y casi desconocida que era el tiempo. Y, juntos también, vencerían.

En la calle, la figura de Fawcett se perdió a lo lejos, en la oscuridad. Bingelow la contempló hasta el último momento, y luego lanzó un suspiro. Ya no le quedaba nada más que hacer salvo esperar. De modo que dio media vuelta y lenta, silenciosamente, volvió a entrar en la casa y cerró la puerta a sus espaldas.

FIN

EL CÍRCULO INFINITO

I

SE DETUVO en medio de la calle, jadeante, agotado por la larga carrera. Miró a ambos lados. En ellos, las casas formaban como un muro pétreo que cortaba su avance. Delante, la línea de la calle seguía recta, perdiéndose a lo lejos.

Oyó a sus espaldas nuevamente el pitido de los que le perseguían. Los policías no perdían nunca el rastro de la persona tras la cual iban. Eran mejores que los sabuesos. Con la ventaja de que nunca abandonaban la persecución. Nunca se cansaban; por algo eran máquinas.

Angel Brun expelió el aliento violentamente. Sentía el corazón martilleándole fuertemente en el pecho. ¿Cuánto tiempo hacía que corría, sin detenerse siquiera un minuto? No lo recordaba. Lo único que tenía validez para él en aquel momento era huir, seguir corriendo. No podía volverse atrás.

Emprendió nuevamente la carrera, siguiendo calle adelante. Dobló por la primera travesía, y embocó un nuevo camino de asfalto. Se detuvo unos momentos. Dudó. Luego, en un arranque, se lanzó hacia la izquierda. Otra calle. Luego otra, otra, otra...

Los pitidos que se oían a su espalda no desaparecían, no se alejaban. Seguían persistentes. Eran unos pitidos que atraían la atención, que llamaban a otros Policías para que se unieran a la caza, afortunadamente en aquellos momentos apenas era de día, y no transitaba nadie por aquellas calles...

El corazón seguía martilleándole el pecho, y sus latidos se traducían en golpes de tambor que atronaban su cerebro. Las calles empezaban a bailar ante él, girando en una danza loca. Se estaba agotando por momentos. No podía ya más. No le quedaban fuerzas.

Se apoyó en la pared de la casa que tenía más próxima, expeliendo fuertemente el aire. Los pitidos se iban acercando; no tardarían mucho en

llegar a su lado. Y entonces todo estaría perdido. No tenía ninguna escapatoria. No podía defenderse. Todo estaba contra él.

En breves segundos pasaron por su mente todos los acontecimientos de los últimos días. Recordó a Marta, su discusión, su intento de reconciliación más tarde, el descubrimiento del cadáver, la sangre, el pañuelo, el portero del edificio, el interrogatorio de los RO-Interrogadores, la declaración de culpabilidad, el accidente, la fuga, la persecución...

No tardarían en llegar, se iban acercando por momentos. Estaba agotado, exhausto. No tenía por dónde escapar. Los RO-Policías eran unos buenos sabuesos. Encontrarían su rastro por dondequiera que intentara burlarles. Sería inútil meterse en el interior de cualquier casa. Los RO-Policías sabían hallar bien el rastro. Y lo encontrarían también.

«¡Dios, si pudiera rectificar mi conducta!» —pensó—. «¡Si pudiera no haber discutido con Marta, no haberme peleado con ella, no haberla pegado!...».

Todo el principio de lo que había sucedido estaba allí, en aquella simple acción. Si él no se hubiera peleado con Marta, no hubiera ido luego a disculparse; si no hubiera ido a disculparse...

Pero ahora ya no tenía remedio. Todo estaba perdido ya. Él estaba condenado a muerte. Se encontraba allí, apoyado en la pared, sin alientos, sin ánimos para proseguir huyendo. ¿Para qué hacerlo? También terminarían cogiéndolo de todos modos.

A menos que...

Su vista se fijó en la placa que tenía a su lado, casi al alcance de su mano. Era la correspondiente a la casa en cuyo muro estaba apoyado. Era una placa dorada, con un nombre grabado en negro en tipo de letra inglés:

ALBERTO R. BOUCHON

Un nombre que en sí no decía nada, pero que para Angel Brun fue suficiente. Infundió nueva vida a su agotado organismo.

Se irguió, apartándose del muro. La Providencia había guiado hacia allí sus pasos, pensó. De un salto se plantó enfrente de la verja metálica que

cerraba el camino. La escaló, cuando ya los pitidos estaban muy cerca. Saltó al otro lado. Se encontró en un jardín amplio, bien cuidado, por cuyo centro corría un ancho camino de grava. Al fondo la mole de la casa, y en su centro una puerta, la principal. Se encaminó hacia allí corriendo, mientras a su espalda los pitidos de los RO-Policías sonaban cada vez más cercanos.

* * *

EL CONOCIMIENTO que Alberto R. Bouchon tenía de Angel Brun databa desde mucho tiempo atrás. Bouchon era un tipo alto, espigado, de contextura delgada pero robusta, atlética. Aparentaba unos cuarenta años, pero en realidad tenía muchos más. Frisaba casi en los sesenta. Su buena conservación se debía a las hormonas revitalizadoras que tomaba constantemente. Un remedio que acortaba la vida, pero que la hacía gozar mucho más intensamente. Y Bouchon deseaba solamente gozar de la vida. No le importaba su duración.

La profesión de Alberto R. Bouchon era la de inventor, lo cual en determinadas ocasiones es lo mismo que decir loco. También a él se lo habían dicho en más de una oportunidad, pero él no hacía caso. Se reía, se reía y seguía inventando. Había conseguido algunos éxitos, que se le habían reconocido públicamente. El sistema parlante automático de los modernos robots era algo de su invención, así como lo era también la inducción selectiva de conocimientos de las máquinas RO-, los robots especialistas en oficios. Tenía también muchos otros inventos, algunos de poca monta, la mayoría rechazados, otros inéditos...

Últimamente, Alberto R. Bouchon había desaparecido del campo público, alejándose súbitamente de los clubs de inventores que frecuentaba. Se había retirado a la vida particular, en una pequeña casita de su propiedad, para dedicarse de lleno a una experiencia que había llevado con el máximo secreto. Una experiencia que consideraba podía revolucionar el mundo. El «retro-tractor».

¿Qué era el retro-tractor? Las gentes que lo habían oído nombrar se habían reído de él. Los algo entendidos habían vislumbrado parte de su significado oculto. Y los realmente entendidos habían dicho que Bouchon estaba verdaderamente loco. Sin duda intentaba construir una utópica máquina del tiempo.

Bouchon se había reído de todos ellos en sus propias narices. ¿Máquina de tiempo? ¡Qué sandez! Él no perdía el tiempo en esas tonterías. El retro-tractor era algo más que esto. No trasladaba al hombre en el tiempo; *lo trasladaba en su vida*. Retrocedía al hombre en su vida vivida ya. Podía hacer de un viejo un joven, y de un joven un niño. El atraso en la vida traía también un atraso en el tiempo, naturalmente, pero esto era sólo una consecuencia secundaria de la acción. Lo principal, lo importante, era que devolvía al hombre la juventud. ¡Un hombre de ochenta años podía, mediante el retro-tractor, volver a sus veinte abriles, a vivir en la época dorada de su juventud, a gozar nuevamente de la vida! Claro que en la misma época que la había gozado antes, pero eso ¿qué importaba? La realidad era que el viejo volvía a ser joven, a encontrarse de nuevo lleno de energías, de vigor, de vida. Y todo gracias al retro-tractor. ¿Era eso una simple, inútil y utópica máquina del tiempo? ¡No! ¡Era más, mucho más!

Era el sueño de Fausto hecho realidad... Angel Brun sabía todo esto. Sabía que Bouchon tenía en su propia casa, en su villa, la única máquina, el único retro-tractor que existía en el mundo. Era una máquina recién construida, apenas experimentada, pero esto no importaba. Hacía poco tiempo que había visitado a Bouchon, antes de que sucediera todo aquello, y éste, ufano de su éxito, le había mostrado ampliamente la máquina. Le había indicado su funcionamiento, sus características, su manejo... Le había explicado cuál era su función, lo que se conseguiría con ella...

Y ahora Angel Brun lo recordaba todo. Como un film, aquellas escenas pasaban por su memoria. Lo recordaba palabra por palabra, sílaba por sílaba, letra por letra. Y su mente empezaba a formar el plan de la idea que iba a seguir. El plan que lo alejaría de los pitidos de los RO-Policías, de la cárcel, de la acusación de homicidio, de la muerte...

La puerta de la casa estaba cerrada. Empezó a rodear el edificio, buscando alguna ventana baja. La encontró. Estaba asegurada por dentro, pero esto a él no le importaba. Rompió un cristal, sin preocuparse del ruido que hiciera. Abrió la ventana, y se metió en su interior. Conocía por dentro la casa, y sabía la situación del cuarto-laboratorio donde se encontraba el retro-tractor. A aquellas horas Bouchon sin duda dormiría. Y él solamente necesitaba unos minutos para llevar a cabo lo que había planeado.

Atravesó varios pasillos, varias habitaciones, hasta llegar a la escalera que conducía al sótano. Descendió rápidamente por ella. La puerta de la habitación estaba cerrada, pero él sabía dónde tenía Bouchon la llave. La tomó, abrió, entró, y encendió la luz.

Se detuvo en el umbral de la puerta. Allí estaba el retro-tractor. Era un panel de pared, metálico, en forma rectangular, de unos dos metros de largo por uno de ancho. A ambos lados tenía una especie de aleros de metal que sobresalían del resto. En uno de ellos, había siete esferas graduadas. En el otro, tres interruptores. En la parte superior, el interruptor general. El panel metálico del centro tenía dos barras de acero en forma de asas, y a la altura de la mirada una especie de pantallita. En la parte inferior del aparato, cubriendo la parte del suelo comprendida entre el panel metálico y los dos aleros, se encontraba una plataforma también metálica.

Brun se acercó allí. El plan, un plan que se le había ocurrido en sólo unos segundos, el tiempo justo de ver la placa dorada en la puerta, había tomado forma consistente en su cerebro. El retro-tractor le devolvería a quince días antes, cuando él todavía no sabía nada del crimen, cuando todavía no había reñido con Marta. Y se encontraría de nuevo con que nada había sucedido, mientras que él sabría todo lo que tenía que suceder. ¡Y sería tan fácil evitarlo! Bastaría no reñir con Marta. Entonces nada le podría ocurrir. No descubrirían el cadáver, no le acusarían de asesinato... El retro-tractor le resolvería todos sus problemas.

Graduó las siete esferas a la potencia que necesitaba, conectó el interruptor general, movió los otros tres, asió las dos barras de acero que sobresalían del panel metálico, y contempló fijamente la pantalla que tenía ante sus ojos. Empezaron a salir de ella círculos blancos, concéntricos, que

giraban locamente, a enorme velocidad. Su cabeza empezó a dar vueltas. Un zumbido agudo y persistente se extendió por toda la máquina, se comunicó a su persona, llenó la habitación, se esparció por todo el mundo, invadió el universo...

* * *

LOS RO-POLICÍAS, guiados por su metálico olfato, llegaron frente a la casa en cuya puerta se leía la placa: «**Alberto R. Bouchon**». Se detuvieron unos segundos frente a ella. Luego, traspusieron la verja.

Siguiendo el camino de grava, llegaron a la puerta. Algunos se quedaron allí, mientras otros seguían a un lado de la casa y llegaban a la altura de la ventana abierta. Penetraron por ella y se metieron en el interior. Siguieron el rastro. Llegaron a la escalera del sótano. Bajaron. Llegaron a la puerta de entrada del cuarto-laboratorio, abierta, y se detuvieron frente al retro-tractor...

Los que permanecían frente a la puerta llamaron fuertemente. Hubo conmoción en la casa. Bouchon se despertó, y fue a indagar qué era lo que ocurría. Los RO-Policías hablaron brevemente. Luego, siguiendo el rastro, descendieron hacia el sótano, donde se encontraba el retro-tractor.

—Aquí acaba el rastro —dijo un RO-Policía.

Bouchon se quedó mirando el aparato, en pleno funcionamiento. Luego miró a los RO-Policías.

—¿A quién perseguíais?

—A un fugitivo —respondió uno de ellos—. Un hombre que ha escapado. Ha cometido un asesinato, y está condenado a muerte. Debemos detenerle. Pero aquí termina su rastro.

Bouchon miró el retro-tractor. Sonrió levemente.

—Se os ha escapado, ¿verdad?

—No lo sé. Aquí termina el rastro.

Bouchon asintió. Era inútil preguntar. Los RO-Policías eran máquinas. No podían sacar consecuencias de lo que veían. Sólo pensaban, unían lo

que percibían sus mecanismos. No sacaban conclusiones.

—¿Quién era el hombre a quien perseguíais?

—Angel Brun —informó el mismo que hablara antes—. Juicio 2377. Está acusado del asesinato de Marta Robles, declarado culpable y condenado a muerte. Escapó. Debemos detenerlo.

—Y aquí termina su rastro, ¿verdad?

—Sí; aquí termina su rastro.

Bouchon volvió a reír. Era un hombre muy propenso a la risa. Miró el retro-tractor.

—¡Imbécil! —murmuró para sí mismo. Recordaba a Angel Brun. Recordaba su visita, hacía poco tiempo. Había leído en los periódicos lo referente al asesinato. De modo que había matado a una mujer, y luego había pretendido huir en el retro-tractor. Naturalmente, había decidido volver a unos días antes, con la creencia de que así podría escabullirse y resolverlo todo—. ¡Imbécil!

Se volvió hacia los RO-Policías, que seguían mirando al aparato, en pleno funcionamiento.

—No os preocupéis más por él —dijo—. Este hombre no volveréis a encontrarlo.

El RO-Policía que había hablado hasta entonces lo miró.

—¿Dónde se encuentra?

—En algún lugar del tiempo —dijo Bouchon—. Dando vueltas sin fin. Se creyó que el retro-tractor era la solución de sus problemas. ¡Pobre! ¿Sabes lo que es una circunferencia, un círculo?

El RO-Policía dijo que sí con la cabeza.

—Bien. Pues si te encuentras dentro de un círculo, intenta salir de él. Darás vueltas, vueltas y vueltas por su circunferencia, pero sin lograr salir nunca. Estarás encerrado allí para siempre. Cuando llegues a su final, te encontrarás con que aquello es nuevamente el principio. Y vuelta a empezar. Esto es lo que mis últimas experiencias me han demostrado que es el retro-tractor. Un círculo sin fin. Y ahora Angel Brun se ha metido dentro de él.

El RO-Policía miró con sus metálicos ojos a Bouchon.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

Bouchon rio suavemente. Recordó que la inducción selectiva de conocimientos de aquella máquina era invención suya. Rio de nuevo.

—Claro que no me entiendes. Tú eres solamente una máquina, y una máquina no puede entender estas cosas. Ya hablaré con tus jefes, con los policías de verdad, hombres de carne y hueso. Ellos sí me entenderán. Ellos verán que Angel Brun ya está fuera de su jurisdicción, de su alcance. Que ya ha sufrido su castigo.

Y volvió a mirar a la máquina. El retro-tractor seguía funcionando. Exclamó, una vez más:

—¡Imbécil!...

II

ANGEL BRUN Despertó muy de mañana. Sentía una sensación rara en la cabeza, como si de pronto su mente se hubiera fundido con otra mente, y la fusión hubiera resultado demasiado fuerte para él. Le dolía terriblemente toda la cabeza, como si se la hubieran sometido a un martilleo continuo y prolongado.

Se levantó, dirigiéndose hacia el lavabo. Abrió el botiquín y sacó una aspirina, engulléndola. Tomó un sorbo de agua, y luego se refrescó la cara metiéndola debajo del grifo. Se secó con una toalla y volvió al dormitorio. Se tendió nuevamente en la cama.

La cabeza seguía doliéndole. Parecía como si algo quisiera despegarse de ella, como si quisieran fluirle ideas, recuerdos, que no acababa de precisar, pero que eran importantes.

«¿Tenía que hacer algo en lo que pensé ayer?» —se preguntó a sí mismo—. «¿No pensé en algo determinado, de lo que ahora trato de acordarme sin resultado?».

Esforzó su memoria, intentando recordar algo. Había ido a la oficina como cada día a revisar los últimos asuntos, luego había ido con Marta a comer, se habían separado por la tarde con la intención de ir aquella misma noche a la ópera, luego, a última hora, ella no se había presentado...

«No puede ser esto» —se dijo—. «No me preocuparía tanto porque Marta hubiera faltado a una cita. Hoy la veré, y me dirá por qué no vino. Seguramente fue algo imprevisto».

Como le era imposible volver a dormirse, se vistió, saliendo a la calle. Era muy de mañana, y apenas había nadie por las calles. Se dirigió hacia la oficina, abrió con su llave, y se dirigió a su despacho. Tomó algunos papeles de sobre la mesa, y los estudió. Aquella mañana había varias cosas pendientes por hacer. Liquidar el asunto de la Transoceánica Mundial, formular el pedido a la Rotario, inquirir informes de los tres últimos clientes en el departamento general...

Empezaron a llegar los empleados. Su secretaria apareció en el despacho preguntando si deseaba algo. Dijo que no. Continuó trabajando. Cuando fueron las once, tomó el teléfono y llamó a Marta. No contestó nadie. Sin duda Marta había salido. Colgó el teléfono y terminó el trabajo que tenía pendiente. Salió del despacho, indicando a la secretaria:

—Hoy no volveré. Si alguien viene a verme dígame que vuelva mañana a las once. Entonces podré recibirle.

—Muy bien, señor.

La secretaria tomó nota en su cuaderno de apuntes, y Angel Brun salió al exterior.

Se dirigió a casa de Marta. Llegó a su apartamento, llamó, y nadie contestó. Volvió a bajar e interrogó al portero:

—¿Sabe si ha salido la señorita Marta?

—Sí, señor Brun. Muy temprano. Ha dicho que si venía alguien le dijera que no volvería hasta el mediodía.

—¿Y ayer? ¿Sabe si salió ayer por la noche?

—Sí, señor. Salió hacia las siete de la tarde, más o menos. Y no volvió hasta las doce. Lo sé porque se olvidó las llaves y tuvo que llamar.

—Ya. ¿Sabe cuál fue el motivo de su salida?

—No, señor. No se lo he preguntado, naturalmente. Sólo sé que volvió acompañada de un hombre. No lo conocía, señor Brun. No lo había visto nunca.

—Sí, muy bien. Muchas gracias.

—¿Quiere que le diga a la señorita Robles que ha venido usted?

—No, no es necesario. Ya la llamaré yo por teléfono o vendré personalmente. Muchas gracias.

—De nada, señor. A disponer.

Salió al exterior de la casa. Miró unos momentos al cielo. Luego, lanzando un suspiro, echó calle adelante.

* * *

ANGEL BRUN conocía a Marta Robles desde hacía aproximadamente un año. Se habían encontrado por primera vez en una fiesta, a la que ambos habían sido invitados. Habían simpatizado, habían salido juntos más de una vez...

Brun quería a la muchacha. Se confesaba a sí mismo enamorado de ella. Pero nunca se lo había dicho. De modo que, oficialmente, solamente eran amigos, aunque todo el mundo pensara lo contrario.

El carácter de Marta Robles era algo especial. Alegre, dinámica, con una gran ansia de vivir, de gozar, de divertirse. A Brun le chocaba un poco este carácter. Hubiera deseado que ella fuera un poco más seria, más consciente, pero a veces incluso se dejaba arrastrar por ella, por sus locuras, como él mismo decía. No encontraba este modo de ser propio de una mujer, pero a pesar de todo le gustaba. Y le gustaba también el que la muchacha siempre le hubiera preferido a él antes que a otros de los muchos admiradores que tenía siempre a su alrededor.

¡Y ahora se enteraba de que Marta había dejado de ir con él la noche anterior, sin anteponer ninguna excusa, para irse con otro hombre!

Anduvo por la calle, al tiempo que hacía mil proyectos, mil ensayos de la escena que le correspondía representar ante ella. Brun no era hombre violento, pero sí sumamente irritable. Y le molestaba que alguien se burlara de él. ¡Y Marta se había burlado!

Se detuvo de pronto en medio de la calle, sin saber qué lo había asaltado. Había sido un pensamiento repentino, brusco, que había ascendido de lo más hondo de su interior. No debía pelearse con Marta. No debían discutir, no debía hacer ninguna escena. Así lo había decidido.

Pero ¿cuándo, cómo y por qué?

Sacudió la cabeza. ¿Por qué se le habría ocurrido aquella idea? ¡Pelearse con Marta! Claro que no se pelearía con ella. Simplemente, indagaría qué era lo que había sucedido, por qué no había acudido a la cita, por qué había salido con otro hombre. Tenía derecho a ello. Luego... luego todo se arreglaría. Indudablemente Marta podría darle alguna explicación.

En el fondo era una excelente muchacha. Sí, eso sería. Marta le daría una explicación satisfactoria, y todo terminaría bien.

Continuó andando por la calle, paseando, en espera de la llegada del mediodía.

* * *

LA PROPIA MARTA acudió a abrir. Durante los primeros momentos no dijo nada. Luego lanzó un grito de sorpresa.

—¡Angel! No esperaba verte aquí ahora...

—Sí, ya me lo supongo. He venido esta mañana, pero el portero me ha dicho que habías salido. ¿Es cierto?

—Sí... He... he tenido que ir a hacer algunas compras. Pero pasa, no te quedes aquí. Te serviré algo de beber.

Penetró en la casa. Era un piso agradable, acogedor. Por todas partes se veía la presencia de unas manos femeninas. Cortinas en las ventanas, cacharritos sobre todos los muebles, bibelots...

—Siéntate. Iré a prepararte algo. ¿Mucho alcohol?

—No, un poco solamente.

Ella se alejó hacia otra habitación, y Brun contempló su grácil paso mientras se alejaba. Juntó las manos y notó que las tenía húmedas. Sudor. ¿Qué le pasaba? Parecía un colegial nervioso en día de examen. ¿De qué tenía miedo? ¿Por qué estaba nervioso?

Marta volvió con dos vasos y le dio uno. Brun contempló el ambarino líquido que contenía durante unos momentos. Bebió un poco.

—¿Por qué no viniste ayer? Te esperé durante dos horas.

—¿Ayer?... ¡Oh, sí! Me olvidé de avisarte. Tuve que hacer, ¿sabes? Tenía la intención de llamarte, pero...

Brun se mordió los labios. Aquello no iba bien. Marta estaba intentando mentirle.

—Sí, ya me lo supongo. Lo olvidaste. ¿Qué era lo que tenías que hacer?

—Pues... Nada, nada importante. Sólo que...

—Sólo que no querías salir conmigo, ¿verdad?

—¡Pero Angel! ¿Por qué dices esto?

Brun dejó su vaso sobre una mesilla cercana. Las manos continuaban sudándole.

«¿Qué te pasa, Angel? No tienes por qué ponerte así. Total, todo se aclarará...».

Se levantó.

—Verás, Marta. Tú y yo hace tiempo que salimos juntos. ¿Verdad? Yo... creo que entre nosotros hay confianza. La amistad que me has dado me ha hecho pensar... Bueno, me he hecho ciertas ilusiones, he pensado ciertas cosas... Pero si tú... En fin, si deseas romper conmigo, me parece que lo mejor es decirlo desde un principio, ¿no te parece?

—No te comprendo, Angel. ¿A qué viene todo esto? Total, porque ayer no salí contigo...

—Y porque ayer saliste con otro cuando habías quedado en salir conmigo.

Inmediatamente se arrepintió de aquellas palabras. Había dado un giro a la conversación que no era su intención darle. ¿Por qué había dicho aquello de romper? ¿Por qué había saltado tan bruscamente...?

—¿Con...? —Marta pareció sorprendida por aquellas palabras. Luego, rápidamente, reaccionó—. ¡Angel! ¿Cómo sabes que...? ¿Me hiciste seguir?

—No, no soy capaz de eso, y tú lo sabes. Me lo ha dicho el portero esta mañana.

—¿El portero? —Ella se mordió los labios, dejando también su vaso sobre la mesa—. «Ese condenado metomentodo...» —murmuró para sí misma. Y luego—: Oye, cariño. No irás a pensar que...

—No, no voy a pensar nada. Solamente deseo saber quién era el hombre con el que volviste anoche.

Marta quedó pensativa unos instantes. Luego, se echó a reír.

—Angel, te comportas como un enamorado celoso. ¿Qué te pasa? Esto no es propio de ti. Además, entre nosotros dos no hay nada... todavía.

Brun se mordió los labios. Sí, lo sabía. Notaba como las manos le transpiraban más que de costumbre.

«*No debo irritarme*» —se dijo furiosamente—. «*No debo*».

—Sí, ya lo sé. Precisamente por esto quiero saberlo. Quiero saber si realmente puedo...

—Puedes... ¿qué?

Brun se mordió de nuevo los labios. Se estaba burlando de él en su propia cara, le estaba tomando bonitamente el pelo.

—¡Basta ya! —exclamó, gritando repentinamente. Había olvidado completamente que no quería gritar, no quería irritarse—. ¡Quiero saber la verdad! ¡Quiero saber con quién saliste anoche!

—No tienes ningún derecho, Angel —la voz de Marta era suave. Por sus labios flotaba una sonrisa—. Ningún derecho... todavía.

Brun ya no pudo más. Estalló. Lo mandó todo al diablo, estalló. Agarró a Marta por los brazos, y la sacudió.

—¡No consiento que te burles de mí! —gritó.

—¡Suéltame!

—No. Antes quiero que me digas la verdad. ¡Quiero saberlo!, ¿lo oyes?

Ella se desprendió con un brusco tirón de sus brazos. Quedó unos instantes inmóvil, parada frente a él. Luego, repentinamente, se echó a reír.

—¿De veras quieres saberlo? ¿Quieres que te diga la verdad? ¿Y qué pasaría si te dijera que efectivamente, salí con otro hombre, con otro que es mucho mejor que tú en todos los conceptos? ¿Qué pasaría si te dijera que estoy harta de ti, de tus eternas atenciones, de tus eternas palabras amables e intrascendentes, de tus eternos borriquetos conmigo? ¿Qué harías si te dijera que me he hartado de tu carácter tan serio, diciéndome siempre que esto que hago no está bien, que debo ser más seria, más formal, más consecuente?...

—¡Basta!

Brun estaba pálido. Aquellas palabras le habían calado más hondo de lo que la muchacha hubiera podido imaginar. Marta se calló, sorprendida. Luego, repentinamente se echó a reír. Fue una risa jovial, alegre, de la persona que acaba de gastar una broma y descubre en ella resultados impensados.

Pero Brun no reaccionó como era de imaginar. Su mano se movió rápida, inopinadamente, cortando aquella risa con brusquedad. Fue un golpe impensado, que dolió más a él que a ella. No hubiera querido hacerlo, fue sólo una reacción momentánea de despecho y de ira. Pero ya no podía remediarse; ya estaba hecho.

La muchacha se llevó una mano a la mejilla, lanzando un grito.

—¡Angel!

Brun sintió algo a la vez fuerte y denso en su interior. Se apretó fuertemente la mano con la que había pegado, con ansias de hacerse daño. Murmuró:

—Perdóname, Marta. No quería hacerlo. Fue...

Ella pareció recobrase. Volvió a ser de nuevo ella, la mujer dueña de sí. La broma había acabado. Brusca, estúpidamente, había acabado. Sus labios se encajaron.

—Márchate, Angel —murmuró. Sus labios estaban apretados, formando una sola línea. El golpe había sido para ella una herida. Una herida en su amor propio—. Márchate. No quiero volver a verte por aquí. ¡Vete!

—Perdóname, Marta. Yo... No sabía lo que hacía, créeme. Ya sé que todo era una broma, pero... Me he irritado y... Perdóname...

Ella miró hacia la puerta Después hacia él. Sus labios siguieron endurecidos.

—Lo siento, Angel. Márchate. No me obligues a tener que sacarte a la fuerza —su voz se elevó de tono—: ¡Vamos!, ¿a qué esperas? ¡Largo!

Brun bajó la cabeza. Había cometido una equivocación, una idiotez. Una equivocación que le costaría remediar.

—Está bien —musitó—. Espero que reflexiones. Yo... no he querido hacerlo, créeme. Me voy.

Salió a la puerta. En aquellos momentos, fuera, el portero limpiaba los dorados. Le saludó. Brun no contestó. Descendió lentamente la escalera, y salió a la calle.

III

PASEÓ DURANTE UN TIEMPO por las calles, poniendo en orden sus pensamientos. Lamentaba enormemente lo que había sucedido. Demasiado tarde había comprendido su idiotez. Ahora ya estaba todo hecho.

Regresó a su casa. Comió, sin apetito, y después se tumbó en un sillón. Estuvo meditando durante largo rato. Debía remediar aquello. Ahora que lo pensaba detenidamente, veía que se había portado desde un principio como un enorme estúpido. Como había dicho muy bien la propia Marta, había adoptado la actitud de un enamorado celoso. Y no tenía motivos para ello. No tenía ningún motivo.

«Volveré esta tarde» —pensó—. «Ella habrá tenido tiempo de reflexionar, y estará ya más calmada. Podremos hablar con serenidad».

Sí, eso era lo mejor. Iría, y le pediría perdón. Estaba seguro de que la muchacha terminaría comprendiendo.

Volvió a salir. Era ya media tarde, y el Sol doraba los tejados de la ciudad con sus oblicuos rayos. Tomó el coche y se encaminó a casa de Marta. Paró frente al edificio, descendió del coche y penetró. El portero, desde su sitio, le saludó como siempre. Subió las escaleras, se detuvo frente a la puerta de Marta, y llamó.

Nadie acudió a su llamada.

* * *

EN OTRAS CIRCUNSTANCIAS, tal vez hubiera imaginado que Marta había salido, que no estaba en casa. Pero ahora no.

Le extrañó que la muchacha no respondiera a su llamada. Descendió de nuevo las escaleras, inquirendo al portero por si había salido. La respuesta fue no. Volvió a subir las escaleras y llamó de nuevo. Era extraño que Marta

no contestara, no diera señales de vida. Como al descuido puso la mano sobre la puerta... y la puerta cedió.

Terminó de abrir la hoja, alarmado y sorprendido. Penetró en el interior de la estancia. Aquello era sumamente extraño. Avanzó por el hall, llegó al comedor...

Y allí descubrió a Marta.

Se encontraba tendida en el suelo, en mitad de la habitación. Yacía boca abajo, con las piernas ligeramente separadas y los brazos por sobre la cabeza, en posiciones absurdas. Vestía una liviana bata de casa, bajo la cual se adivinaba la ropa interior. A un lado de ella, y un poco separada, se encontraba una pistola.

Durante unos instantes permaneció inmóvil, contemplando la escena sin atreverse a avanzar. Al fin, con un esfuerzo de voluntad, se acercó al cuerpo inerte. Se arrodilló a su lado, dudando unos momentos antes de decidirse a tocarlo, a darle la vuelta. Era extraño, pero sabía lo que iba a encontrar cuando lo hiciera. Sabía que encontraría un agujero de bala en el pecho de la muchacha, por el cual escapaba la sangre. Sabía que estaba muerta. Y a pesar de todo ello no se sorprendía, no se horrorizaba. ¿Por qué?

Dio la vuelta al cuerpo de la muchacha. Su pecho era una enorme mancha roja, que empapaba toda su ropa. Puso la mano sobre su corazón. No latía. El cuerpo estaba ya frío.

Se levantó nuevamente, pasándose una mano por la cara. ¡Dios!, ¿quién la podía haber matado? ¡Era algo inconcebible, absurdo! ¿Quién podía tener interés...?

Vio su mano manchada de sangre, y maquinalmente sacó su pañuelo, limpiándose. Se acercó a una puerta lateral, la del lavabo, y la abrió, penetrando en su interior. Se miró en el espejo del baño. Tenía un par de manchas de sangre en la cara, que se había producido al pasar su mano por ella. Se las limpió con el mismo pañuelo, y lo dejó después en un estante, allí al lado. Volvió de nuevo al comedor. Miró otra vez el cadáver de la muchacha, vuelto ahora boca arriba. Sentía algo extraño en su interior, pero ¿qué era? ¿Qué le pasaba?

A la izquierda, sobre una mesilla auxiliar, había el teléfono. Se acercó, con la intención de llamar a la policía, pero se contuvo a tiempo. En unos breves segundos pasó por su cabeza lo que sucedería. Le harían preguntas, machaconamente, hasta agotarle. Que qué hacía allí, que por qué había acudido a casa de Marta, que si era cierto que habían sostenido una violenta discusión, que...

Se pasó una mano por la cara. Sí, era una tontería avisar a la policía. Una solemne tontería. Lo mejor sería irse de allí, huir, escapar. Si no le encontraban en el lugar del suceso...

Fue una decisión rápida, repentina, apenas meditada. Dio un nuevo vistazo a la habitación, y se dirigió hacia la puerta. Salió a la escalera, cerrando la hoja a sus espaldas. Descendió rápidamente, con el deseo de alejarse de allí lo más pronto posible. Al llegar abajo, el portero lo saludó, como de costumbre. No contestó al saludo.

—¡Vaya con el hombre! —exclamó el portero cuando desapareció por la puerta de entrada, camino de la calle—. ¡Ni que hubiera acabado de matar a alguien!...

IV

SENTADO EN UN SILLÓN de su casa, con un vaso lleno de coñac al lado, Angel Brun meditaba furiosamente. Ahora, pensándolo detenidamente, fuera de las emociones del lugar y del momento, veía que había cometido otra estupidez. Había creído que lo mejor sería irse de allí, desaparecer. Había creído que esto lo arreglaría todo. No había contado con que el portero le había visto entrar y salir, había hablado con él; ni con el pañuelo que había abandonado en la casa, manchado de sangre, ni con sus huellas dactilares por todas partes...

¡Imbécil! ¡Grandísimo imbécil!

Bebió un nuevo sorbo de coñac. Recordaba las novelas policíacas, en las que se preparaba todo, se borraban todas las huellas para despistar a la policía. ¡Ja! Hubiera querido ver a un escritor de novelas policíacas en su lugar. Hubiera querido ver a un hombre de esos ante un cadáver, ante una persona que él no había matado, y verle borrar sus huellas, prepararlo todo para eliminar los rastros de su visita...

Volvió a beber. Ahora era ya demasiado tarde para hacer algo. No podía volver a casa de Marta, y avisar ahora a la policía sería demasiado comprometedor. Solamente le quedaba esperar. Esperar ¿qué?

Pasó el resto de la tarde y toda la noche en constante agitación. Por unos momentos pensó en escapar, huir de allí, a un lugar donde la policía no pudiera encontrarle fácilmente. Pero aquello sería declararse automáticamente culpable. Y él no lo era. ¿Entonces?

No le quedaba más remedio que esperar. Solamente esperar. ¿Qué?

Lo supo a la mañana siguiente. Apenas acababa de levantarse, cuando llamaron perentoriamente a la puerta. Fue a abrir. Allí, al otro lado, se encontraba un hombre seguido de dos RO-Policías. El hombre le mostró una placa.

—¿Angel Brun? —inquirió.

Asintió con la cabeza. Los dos RO-Policías se adelantaron, colocándose a sus lados.

—Queda usted detenido —dijo el hombre—. Se le acusa del asesinato de la señorita Marta Robles...

* * *

EL INSPECTOR DE POLICÍA murmuró algo ininteligible.

—¡Por favor, señor Brun! ¡No nos crea tan tontos como para eso! El descubrimiento del cadáver por el sospechoso número uno es algo que solamente se emplea en las novelas policíacas para complicar la trama. ¿No comprende que su historia es del todo inverosímil? ¡Usted fue quien mató a Marta Robles!

Brun negó con la cabeza.

—No, inspector, yo no fui. Ya les he dicho que cuando yo llegué a su casa estaba ya muerta.

—Muy bien. ¿Y por qué no avisó a la policía inmediatamente?

—Ya les he dicho también que tuve miedo. Pensé que me acusarían a mí del crimen.

—¿Y no pensó que si no lo hacía todavía le acusaríamos más?

—No... no pensé en ello en aquel momento. Lo único que me importaba entonces era irme de allí.

—Sí, naturalmente. Y se dejó el pañuelo manchado de sangre sobre el lavabo, y el portero le vio salir precipitadamente. ¿No ve que todo es demasiado ilógico? Todo concuerda en acusarle a usted.

—¿Y la pistola? —Brun se agarró al último rayo de esperanza.

—¿La pistola? Ya tuvo buen cuidado en limpiarla, borrando todas las huellas dactilares. Es lo único que hizo bien. Pero no le sirvió.

—¡Pero yo no he sido! ¿No comprenden que yo no la he matado?

No, la policía no comprendía nada. La policía es un organismo ciego, que solamente se guía por las pruebas. Y las pruebas eran claramente acusatorias.

Más por rutina que por otra cosa, la policía indagó sobre el hombre que, según Brun, saliera con Marta la noche anterior. Pero el hombre tenía una coartada indestructible. Y las últimas esperanzas de Angel Brun se derrumbaron. Ya sólo quedaba un sospechoso. Un único sospechoso: él.

* * *

EL JUICIO SE CELEBRÓ rápidamente. En él, el principal testigo fue el portero del edificio. Declaró que había informado a Brun de la existencia del tercer hombre, el que había salido con Marta aquella noche. Admitió y confirmó las dos visitas que Brun hiciera a casa de la muchacha, de la última de las cuales había salido precipitadamente...

—El móvil y el proceso del crimen son muy fáciles de discernir —dijo el fiscal—. El acusado se enteró por el portero del edificio donde vivía la víctima de la existencia de otro hombre, con el que había salido Marta Robles la noche anterior, en vez de hacerlo con él, según confirma la propia declaración del acusado. Irritado por ello, movido por unos profundos celos, se dirige a la mañana siguiente, al mediodía, a casa de la víctima. Habla con ella. Le exige le diga la verdad. Quiere saber quién es el otro hombre. Ella se lo dice, añadiendo que está ya harta de él, que no le quiere. El acusado se irrita. Tienen una violenta discusión, y el hombre sale furioso. Llega a su casa meditando planes de venganza. Se procura un arma, y con ella en el bolsillo vuelve a casa de la víctima. La amenaza con matarla. Ella se ríe de él, diciéndole que está loco. Él se enfurece, y dispara. La bala da a la víctima en el corazón, y ésta cae al suelo. Demasiado tarde ya, el acusado comprende la locura que ha cometido. Comprueba que la víctima está muerta, y se ensucia involuntariamente la mano de sangre. Rápidamente se la limpia con el pañuelo, con el cual borra también las huellas digitales del arma, la cual abandona en aquel sitio ante el temor de que se la encuentren más tarde encima. Pero en la agitación del momento comete una imprudencia: deja el pañuelo manchado de sangre también en la casa. Luego sale de allí, aprisa, casi corriendo, como si huyera. En su

precipitación no cae en la cuenta de que hay suficientes pruebas allí para condenarle. Pruebas que nos permiten identificar al asesino, y poder acusarle de su crimen.

Brun protestó; no era cierto nada de aquello.

Pero nadie hizo caso de sus palabras. El fiscal continuó hablando, pidiendo para el acusado la pena de muerte, teniendo en cuenta la premeditación del crimen. Un murmullo se extendió por la sala al hacerse la petición.

El abogado defensor, como había comunicado ya a Brun anteriormente, no podía hacer nada. No había ninguna prueba para demostrar su inocencia, nada en que apoyarse. Por eso, su defensa solamente se basó en el homicidio involuntario. Habló de la impremeditación del mismo, a despecho de lo que había dicho el fiscal. Dijo que Brun no tenía la menor intención de cometer el crimen cuando acudió a casa de la víctima, sino tan sólo la de asustarla. El disparar la pistola fue un acto impremeditado, que no entraba en sus planes. Su huida y los grandes errores que cometió en ella lo probaban. El acusado había matado, sí, pero de forma involuntaria. Él quería a la víctima, estaba enamorado de ella. Por lo tanto, no quería matarla. Su acto no podía ser calificado de asesinato.

Sin embargo, su actuación no sirvió de nada. Eran demasiadas pruebas en contra, y ninguna a favor. El jurado tardó apenas cinco minutos en deliberar. Y el veredicto fue de culpabilidad. Sentencia, pena de muerte.

V

EN SU CELDA PROVISIONAL, en espera de ser trasladado al penal donde pasaría los últimos días antes de su ejecución, Angel Brun rumiaba desesperadamente. Lo que le sucedía no tenía razón de ser. Él no era culpable de nada. Entonces, ¿por qué lo condenaban?

No pensaba apenas en el verdadero asesino. No tenía la menor noción de quién podía ser, ni de los motivos que pudiera haber tenido para haberlo hecho. Lo importante, lo trascendental era que él había sido acusado. ¡Y él no era culpable!

Aquello le desesperaba. No se resignaba. El abogado defensor le había dicho que no podía hacerse nada. Pero el abogado defensor tampoco creía en su inocencia. Todo el mundo le consideraba culpable. ¡Pero él no lo era!

Del estado de excitación, de rebeldía, pasó al estado de depresión. ¿Qué podía hacer él? El jurado había dictado su veredicto: pena de muerte. De nada le serviría una apelación. Nada podía hacer salvo resignarse.

¡Si no hubiera tenido aquella discusión con Marta! ¡Si no se hubiera excitado innecesariamente!...

* * *

LA CELDA SE ABRIÓ, y un RO-Policía apareció en la puerta. A su lado había un hombre.

—Levántese, Brun —dijo el hombre—. Venga conmigo.

Eran las seis de la mañana. Brun se puso en pie del camastro, y tiró hacia abajo de la chaqueta.

—¿Adónde vamos?

—Al penal —respondió el hombre—. Abajo nos espera el coche.

El coche en cuestión era una camioneta celular, custodiada por dos RO-Policías. Otro RO-Policía iba al volante, y un hombre iba a su lado: el

responsable del viaje.

Brun subió a la parte trasera de la camioneta, y los dos RO-Policías hicieron lo propio. Uno de ellos cerró con llave, metiéndose después ésta en el cinturón llavero. Brun se sentó en un banco lateral de la camioneta, y los dos RO-Policías, codo contra codo, lo hicieron frente a él, en el otro banco.

El coche emprendió la marcha. A aquella hora todavía era de noche, y apenas circulaba nadie por la calle. La hora de la llegada al penal, bastante alejado del punto de origen de la camioneta, estaba prevista para las doce del mediodía. Eran seis horas continuas de viaje.

La camioneta aumentó la velocidad, circulando por las desiertas calles. De tanto en tanto aparecía en algún lugar la silueta de un RO-Policía o un RO-Vigilante de guardia. Las calles iban pasando en rápida sucesión, y la camioneta se iba acercando a las afueras de la ciudad.

Y de pronto...

Fue un accidente fortuito. Un perro callejero se cruzó en el camino del coche celular, justo bajo las ruedas. El RO-Conductor hizo un brusco viraje para evitarlo. El coche dio una repentina vuelta hacia la derecha, subiéndose a la acera de la calle e incrustando su morro contra un árbol. El RO-Conductor hizo un esfuerzo para recuperar el control del volante, manteniendo la dirección que había abandonado, y lo único que logró fue hacer que el coche hiciera un par de eses por en medio de la calle, hasta terminar chocando contra otro árbol y volcando aparatosamente de costado. De tal modo que una de las puertas laterales de la cabina delantera, la que correspondía al lado del vigilante, quedó bloqueada. Y el cuerpo del RO-Policía, con sus doscientos kilos de peso, cayó sobre él.

En el interior de la furgoneta, Brun rodó por los suelos, junto con los dos RO-Policías que le custodiaban. Se repuso rápidamente, empero, y logró ponerse en pie sobre una de las paredes. Pocos segundos le bastaron para hacerse cargo de la situación. Y allí vio una posibilidad de escapatoria. Sabía que estaba condenado a muerte, que no tenía ninguna esperanza de indulto. ¿Qué más daba que al cargo de asesinato se le añadiera el de fuga? Y, en cambio, podía tener suerte y lograr evadir a los RO-Policías. Siempre era una posibilidad.

Actuó rápidamente. Sabía que los RO-Policías, por su misma condición de máquinas, no podían atacar a un ser humano con la intención de causarle daño; lo único que podían hacer era sujetarle, inmovilizarle, impedir su huida. Y si no lograban esto...

Se inclinó sobre los dos RO-Policías que, aturcidos por el golpe, necesitaban de unos segundos para que sus circuitos volvieran a funcionar normalmente. Y aquellos segundos bastaron para que Brun se apoderara de las llaves de los candados electrónicos de la puerta, del cinturón de uno de ellos, y los abriera con la máxima rapidez. De un salto se plantó en el suelo, arrojó las llaves en mitad de la carretera, y echó a correr.

Los RO-Policías no tardaron en recuperarse, saltando al suelo también. Inmediatamente hicieron funcionar sus silbatos automáticos, en demanda de ayuda de los restantes RO-Policías que patrullaban por los alrededores. Sus sistemas electrónicos de rastreo empezaron a entrar en acción, «husmeando» los rastros que había dejado Brun, y se lanzaron rápidamente en su persecución. Sus silbidos sonaban intermitentemente, marcando la ruta que seguían y añadiendo nuevos RO-Policías a la caza.

VI

SE DETUVO en medio de la calle, jadeante, agotado por la larga carrera. Miró a ambos lados. En ellos, las casas formaban como un muro pétreo que cortaba su avance. Delante, la línea de la calle seguía recta, perdiéndose a lo lejos.

Oyó nuevamente a sus espaldas el pitido de los que le perseguían. Expelió el aliento violentamente. Sentía que su corazón martilleaba fuertemente en su pecho. Dio una mirada alrededor. No sabía donde se encontraba, pero esto no importaba. Debía continuar huyendo. Esto era lo más importante: huir.

Emprendió nuevamente la carrera, siguiendo calle adelante. Dobló por la primera travesía, y embocó un nuevo camino de asfalto. Se detuvo unos momentos. Dudó. Luego, en un arranque, se lanzó hacia la izquierda. Otra calle. Luego otra, otra, otra...

Iba corriendo sin descanso, en un intento de despistar a los que le perseguían, de huir de ellos. Pero se iba agotando por momentos. Llegó un instante en el que ya no pudo más. Jadeaba enormemente. Se detuvo, y se apoyó en la pared de la casa que tenía más próxima. Expelió fuertemente el aire. Los pitidos se iban acercando por momentos, no tardarían mucho en llegar a su lado. Y entonces todo estaría perdido.

Y entonces fue cuando se fijó en la placa dorada que, con letras grabadas en negro, rezaba:

ALBERTO R. BOUCHON

Fue bastante. Se sintió de repente animado por una súbita alegría, una repentina esperanza. De un salto traspasó la verja, y se metió en el patio de la mansión. La puerta principal estaba cerrada, de modo que dio la vuelta hasta llegar a la primera ventana baja. La forzó, penetrando en su interior.

Se dirigió hacia los sótanos. Allí, ocupando casi todo un paño de la pared, se encontraba un aparato. El retro-tractor.

Le bastaron pocos segundos para prepararlo todo. Movi6 el interruptor general, gradu6 las siete esferas, conect6 los otros tres, asi6 las dos barras de acero, mir6 fijamente la pantalla que tenia ante sus ojos...

Y entonces, como un impacto en su mente, instantaneo, repentino, se le apareci6 todo en sus ojos. Se vio a s6 mismo all6, en aquel mismo lugar, asiendo las dos asas. Se vio retrocediendo en el tiempo y en la persona, con la esperanza de cambiarlo todo, de salvarse. Se vio a s6 mismo despertando con un fuerte dolor de cabeza, como si dos personalidades se hubieran refundido en una en su persona, para vivir nuevamente lo que ya habia vivido con anterioridad, segundo por segundo. Tuvo conciencia de un destino unico, inmutable, eterno, de un c6rculo sin fin por el que girar6 6l para siempre, repitiendo una y otra vez los mismos actos, las mismas acciones durante aquellos unicos quince d6as. Quiso retroceder, reaccionar a tiempo, apartarse de all6, pero ya era demasiado tarde. Un zumbido se extendi6 por toda la m6quina, se comunic6 a su persona, llen6 la habitaci6n, se esparci6 por todo el mundo, invadi6 el universo...

Y momentos despu6s, Alberto R. Bouchon, despertado por el ruido que hac6an los RO-Polic6as, repetir6 de nuevo las mismas palabras que pronunciar6 una y otra vez, hasta la eternidad, hasta el fin de los tiempos, en aquel c6rculo sin fin, sin l6mites, infinito:

—¡Imb6cil! ¡Imb6cil!

FIN

EL HUEVO Y LA GALLINA

EL VISITANTE se puso en pie cuando Jorge Orolia, doctor en psicología y parapsicología y presidente *honoris causa* del Departamento de Relación de los Tres niveles^[1], penetró en la habitación. Los dos hombres se dieron amistosamente la mano, y se sentaron en sendos sillones, dispuestos a iniciar la conversación.

—Bien, amigo Julio. —Orolia se frotó suavemente las manos, en un gesto característico suyo. Era un vicio que había adquirido desde joven, cuando todavía estudiaba en la Universidad, junto con el otro hombre que ahora tenía frente a él. Recibí tu aviso y tu petición de consulta... y confieso que me extrañó un poco. Me parece que quieres decirme algo... importante.

Julio Aznar dijo que no con la cabeza.

—No, Jorge. Importante no es la palabra adecuada. Yo diría mejor... extraño. Absurdamente extraño. Por esto he venido a consultarte. Creo que tú podrás ayudarme más que cualquier otra persona en mi problema.

Orolia hizo un gesto ambiguo.

—Esperémoslo —dijo—. Te escucho.

Aznar dudó unos momentos. Buscó durante un rato las palabras adecuadas para principiar, y luego dijo:

—Verás. La cosa data de unos años atrás, dos años y medio aproximadamente. Sucedió de improviso, sin que me lo esperara, mejor dicho, sin que siquiera lo sospechara. Fue una noche...

* * *

—**C**OMO SABRÁS —siguió hablando Julio Aznar—, cuando nos separamos de la Universidad, así como tú te dedicaste al estudio de las altas materias (psicología, parapsicología, y tus ensayos de los Tres Niveles) yo tuve que conformarme con metas menos altas, y me dediqué al prosaico y vulgar negocio de la importación-exportación. No quiero decir con ello que no me sienta satisfecho de mi trabajo, ni mucho menos, pero siempre hay diferencia entre el constante estudio y la investigación y el comercio, vulgar y llanamente hablando.

Con todo, he de decir a mi favor que no puedo quejarme de mi destino. Mi compañía de importación y exportación tuvo fortuna desde los primeros días, y ahora poseo una vasta red de representantes por todo el mundo, alcanzando mis utilidades cifras francamente notables. Con todo, no acabo de estar satisfecho de ello, y he de confesar que envidio a los hombres que, como tú, no tienen que preocuparse apenas de los bienes materiales de este mundo.

Pero volvamos a lo nuestro. Como te decía, todo empezó hace unos dos años y medio aproximadamente. Era una tarde igual que las otras tardes. El Sol se estaba ya poniendo, y el aire empezaba a refrescar. Yo acababa de terminar mi trabajo en el despacho. A la mañana siguiente tenía que salir de viaje muy temprano, y tenía ganas de volver a casa lo más rápidamente posible. De modo que cogí el coche y me fui directamente para allá. Llegué a ella, encerré el auto en el garaje, y me metí dentro. Como no tenía nada importante que hacer por el momento, me senté cómodamente en un sillón, tomé una novela, me preparé un combinado, y me puse a leer.

Entonces fue cuando recibí aquella llamada.

El rostro que apareció por la pantalla del fonovisor era totalmente desconocido para mí. Era el rostro de un hombre de mediana edad, fuerte y atlético. Inquirió:

—¿El señor Julio Aznar?

Asentí con la cabeza.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—Nada. Tan sólo pedirle que me aguarde unos momentos. Tengo necesidad de hablar con usted personalmente ahora mismo. Es muy importante.

—Bueno —respondí—. Yo estaré en mi casa hasta mañana por la mañana. Si desea verme...

—De acuerdo. Estaré allá dentro de unos minutos.

La pantalla se apagó, y yo no pude por menos que arrugar el ceño. Aquel hombre me era totalmente desconocido. ¿Para qué querría verme? No lo sabía en absoluto. Seguramente al final resultaría ser por algo apenas sin trascendencia. Bueno, allí estaría yo si quería encontrarme en casa.

Volví a enfrascarme en mi lectura, y dejé transcurrir el tiempo. Pero no hubieron pasado apenas unos diez minutos cuando alguien llamó a la puerta. El robot-criado fue a abrir, y pocos minutos después me encontraba frente al mismo hombre con el que acababa de hablar por el fonovisor.

Confieso que me extrañó su visita, a pesar de la llamada anterior. El hombre vestía una gabardina marrón, y un sombrero que le venía excesivamente grande para su cabeza. Se quitó las dos prendas cuando estuvo frente a mí, y apareció bajo ellas un vestido que no dejó por menos que parecerme extraño. Un traje de una sola pieza, de color negro brillante, que le cubría todo el cuerpo excepto la cabeza, manos y pies, y unos zapatos también negros, sin cordones ni nada que se le pareciera, que llegaban justamente hasta donde terminaba el resto de su indumentaria.

El desconocido paseó su mirada por la habitación, y murmuró algo para sí mismo. Luego se fijó en mí.

—Sí, usted es Julio Aznar, no cabe duda —dijo—. Lo recuerdo perfectamente. Recorté su fotografía al recibir su carta, con el fin de reconocerle.

Me sorprendí al oír aquellas palabras.

—¿Carta? ¿Qué carta?

El hombre se volvió hacia mí, con evidentes muestras de sorpresa en su rostro.

—¡Pues la carta que me escribió usted, naturalmente! No me va a decir que no la recuerda.

—Pues... —dudé unos momentos—. No sé. ¿Cuál es su nombre?

—Ard. Verner Von Ard.

—¿Alemán?

—No, suizo. De Nesslan.

Moví negativamente la cabeza. No conocía ni el nombre ni la localidad. No los había oído nombrar nunca.

—¿Y dice que yo le he escrito una carta a usted?

—Sí, naturalmente. Pidiendo que viniera a prevenirle.

Quedé sumamente perplejo por aquellas palabras. No recordaba haber escrito ninguna carta a ningún tal Von Ard, y mucho menos pidiendo que me viniera a prevenir. ¿De qué iba a prevenirme?

—No sé, no recuerdo...

El hombre meditó unos momentos. Luego preguntó:

—¿A qué año estamos?

Se lo dije, aún más extrañado. Y el hombre se dio una palmada en la frente.

—¡Naturalmente, mi amigo! Lo olvidaba. Usted no me escribió esta carta hasta dos años después de ahora. Naturalmente, no puede acordarse de haberla escrito, por la sencilla razón de que no lo ha hecho... todavía.

Aquello acabó de dejarme perplejo. Y una idea se infiltró claramente en mi cabeza: «*Aquel tipo estaba loco*».

—No, señor Aznar, no estoy loco. ¿Me deja que le explique?

Me encogí de hombros, nada perdería oyéndolo unos minutos, salvo quizás coger un dolor de cabeza. Le indiqué un sillón, y yo fui a sentarme en otro.

—Está bien. Si usted quiere...

—Naturalmente que quiero. Verá. Cuando recibí su carta, yo me encontraba en Nesslan, en mi casa. Sí, ya sé que usted todavía no ha escrito esta tal carta, pero esto no es ningún inconveniente. Como le he dicho, recibí su carta, en la que usted me pedía que viniera aquí, a prevenirle. La carta en cuestión me llegó por manos de una importante notaría, y en ella (en el sobre, naturalmente), iban reseñados mi nombre y dirección, junto

con la indicación claramente legible de: «A entregar el día 30 de julio del año 2144». La recibí puntualmente, el mismo día indicado. La abrí, y...

—¡Un momento! —le interrumpí. Acababa de oír algo que no había sonado bien en mis oídos—. ¿Qué año me ha dicho?

—El 2144, naturalmente. ¿Por qué?

¿Y todavía me preguntaba por qué?

—¡Porque está usted hablando de un año para llegar al cual falta todavía más de un siglo!

—¡Oh, *eso!* *No* es ningún inconveniente.

Fui a hablar, a decir algo, pero él levantó una mano, interrumpiéndome.

—Un momento, por favor. Déjeme continuar. Luego dirá todo lo que quiera.

Hizo una pausa, y luego siguió:

—Como le iba diciendo, recibí su carta, de manos de un notario de la organización, y la leí. En ella me comunicaba usted que estaba inválido de las dos piernas a causa de un accidente de ferrocarril, y que su situación era verdaderamente desesperada. Los médicos le atendían constantemente, pero no podían hacer nada por usted. Su vida era un continuo infierno. Pero que todavía tenía esperanza. Y por eso me escribía la carta.

—¿Por eso? —inquirí, contemplando mis dos sanas y robustas piernas.

—Sí. Yo había logrado construir un aparato para viajar por el tiempo, y usted lo supo. En aquella fecha, el 30 de julio del año 2144, yo acababa de perfeccionar mi invento, y lo había dado a conocer al público. Por eso me escribió la carta para aquel día. En ella me pedía que acudiera al pasado, al tiempo en el que usted todavía no había hecho el viaje que tenía proyectado en tren y en el que había sufrido el accidente que le había dejado inválido, y le hiciera desistir de hacerlo. Era un favor al que ningún hombre podía negarse, siquiera por humanidad.

—¿Y por eso ha venido usted aquí?

—Sí, por eso. Aunque las causas de haber venido no han sido éstas precisamente, sino otras.

—¿Ah, sí? —estaba empezando a marearme.

—Sí. Naturalmente, lo primero que yo hice después de recibir aquella carta fue averiguar qué había de cierto en ella. Y descubrí que, efectivamente, en la fecha que usted indicaba, mañana, el tren que usted tenía que tomar había sufrido un accidente y había descarrilado. ¡Pero usted no se encontraba entre la lista de los viajeros!

—¿Qué? —me enderecé súbitamente.

—Óigame. Aunque le parezca duro y poco humanitario, he de confesarle que yo no tenía la menor intención de hacer lo que usted me pedía en su carta. No quería arriesgarme. Hacerlo representaría causar una variación en el tiempo; variación que tanto podía ser poco importante como mucho. No tenía la menor intención de causar un trastorno en el tiempo por salvarle a usted. Y aquí vino lo peliagudo del asunto. Porque lo que usted me comunicaba en su carta no existía. Usted no había sufrido ningún accidente en el tren, simplemente porque usted no había viajado en él. No había realizado su proyectado viaje.

—¿Entonces...? —repliqué. «*A pesar de todo, la cosa se me estaba haciendo interesante*».

—Aquello me sumió en un mar de dudas. Usted, naturalmente, había sufrido el accidente, ya que me había escrito la carta. Pero no lo había sufrido, ya que su nombre no figuraba entre la lista de las víctimas. ¿Cuál era la realidad? ¿Cuál era la solución de todo esto? Naturalmente, usted había sido salvado. ¿Por quién? Sólo podía haber sido por mí. Pero entonces resultaba que yo lo había salvado sin salvarle. ¿Solución...?

»No había más que una. Yo *debía* acudir al pasado a salvarle, ya que la historia del mundo estaba así escrita. Si yo no acudía, usted volvería a estar lisiado, cuando en realidad no lo tenía que estar. Y entonces la variación en el tiempo sería al revés: por omisión.

—¿Y por eso se encuentra ahora aquí?

—Exactamente. Mañana piensa usted realizar el viaje, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. Pues no debe hacerlo.

Dudé unos momentos. Tomé un cigarrillo y lo encendí, mientras pensaba en todo aquello. En realidad, distaba mucho de estar claro. Lo veía

todo como un intríngulis enrevesado, lioso y absurdo en grado sumo. Contemplé durante unos instantes las volutas de humo de mi cigarrillo antes de contestar:

—¿Quiere que le diga lo que pienso? Todo lo que usted me ha contado es una solemne majadería.

—¿De veras?

—Sí, de veras. No creo ni un ápice de lo que me dice.

—Muy bien —el hombre se dirigió hacia donde tenía su gabardina, y sacó de uno de sus bolsillos un trozo de papel—. ¿Qué me dice entonces de esto?

Tomé lo que el hombre me tendía. Era una página de un periódico, relativamente vieja, arrugada y amarillenta. En ella se podía leer el reportaje de la catástrofe ferroviaria ocurrida en el tren de enlace hispano-francés. A un lado había una relación de las víctimas, y en un recuadro una fotografía con el pie:

«El único hombre que se salvó íntegramente del trágico accidente: Julio Aznar. Tenía ya adquirido su billete para el viaje, pero un súbito cambio de decisión le salvó la vida...».

La fotografía era la mía propia.

—El periódico es de pasado mañana, como podrá ver. Lo arranqué de los archivos de mi tiempo. ¿Considera que esto es suficiente prueba?

Dije que no con la cabeza.

—No sé lo que se trae usted entre manos con todo esto, pero esta página de periódico puede muy bien haber sido falsificada. No cuesta nada hacerlo.

El hombre dejó escapar una palabra no muy decente.

—¡Tipo imbécil! —exclamó—. ¿No comprende que se juega la invalidez para el resto de su vida?

Me permití una sonrisa.

—No. Usted mismo dijo que los periódicos de la época mencionaban que yo me había salvado. ¿Qué he de temer, entonces?

—¿Acaso todavía no ve que los periódicos lo mencionaban por el simple hecho de que yo lo había puesto sobre aviso? Si ahora hace usted el viaje, quedará inválido para el resto de su vida, y transmutará la sucesión de los hechos en el tiempo.

Me encogí de hombros.

—Está bien. Ya lo hice una vez.

—No, no lo hizo. ¿Pero es tan zoquete que todavía no ve claro? Usted escribió aquella carta, pero usted no sufrió daño. No estuvo inválido.

—Entonces, ¿cómo escribí la carta?

El hombre suspiró. Dio un breve vistazo a la esfera cronometradora que tenía en su muñeca, de idénticas características de las de un reloj normal, según pude apreciar, pero ligeramente diferente en su aspecto exterior.

—Está bien, idiota —murmuró—. No crea que voy a gastar saliva inútilmente con usted. Me queda poco tiempo y no tengo el menor deseo de intentar convencerle. Pero no hará el viaje que tenía proyectado.

—¿Sí? —una sonrisa burlona floreció en mis labios.

—Sí, seguro. Aunque mi deseo no haya sido éste, me he encontrado metido en este asunto por la fuerza. Y no voy a dejarlo todo a medio hacer. Lo voy a dejar resuelto. Aunque usted no quiera.

—¿De veras? Dígame cómo piensa hacerlo.

El hombre se encogió de hombros.

—De una manera muy sencilla.

Y antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que sucedía, lo tuve sobre mí. Cuando quise darme cuenta de sus intenciones, el tipo ya me aporreaba tranquilamente el rostro. Recibí un golpe en la cabeza, luego otro más..., y otro... y perdí beatíficamente el sentido.

* * *

CUANDO ME DESPERTÉ, el sol entraba a raudales por las ventanas de la casa. Quise moverme, pero me encontré atado concienzudamente de manos y pies, tirado por el suelo como un fardo. La cabeza me dolía horrores sobre

todo en dos otros puntos que fueron objeto más detenido de las atenciones del tipo. Hice unos esfuerzos por desatarme, pero no pude. El hombre había hecho nudos de marinero.

A mi lado, cerca de mi cabeza, tirado sobre el suelo, pude ver un papel. Era una nota. Me acerqué a ella y, esforzándome mucho, pude leer:

Estimado señor Aznar:

Lamento haber tenido que proceder tan poco educadamente, pero las circunstancias me han obligado a ello. El tiempo se me estaba agotando, y no hubiera querido tener que irme dejándole apenas convencido. De modo que lo he atado de este modo, para que no pueda arrepentirse e ir a hacer el viaje proyectado. Espero que cuando lo encuentren el tren haya partido. Así, cuando después pueda leer la noticia del accidente, comprenderá las razones que me impulsaron a hacer lo que he hecho. Nuevamente le ruego que me perdone.

Verner Von Ard

Estuve tentando de comerme la nota, si hubiera podido. Empecé a gritar, llamando a mis robots. Pero ninguno acudió. Seguramente *Herr Von Ard* había tenido buena cuenta de inutilizarlos a todos momentáneamente. No me quedaba más remedio que esperar.

Y esperé. No sé cuánto tiempo transcurrió antes de que acudieran en mi ayuda, pero a mí me parecieron siglos. Cuando el cartero, que vino a entregar la correspondencia, oyó mis voces, avisó a la policía, y ésta tuvo que derribar la puerta para venir en mi ayuda. Me desataron, y al fin pude respirar tranquilo. Pero eran ya las doce del mediodía, y el tren que tenía que coger salía a las nueve de la mañana. Verner Von Ard había conseguido su propósito.

* * *

EN FIN, no creo que me quede mucho por contar. Por la tarde, escuchando las noticias, pude oír la del accidente que había sufrido el ferrocarril

hispano-francés, muy cerca de la frontera. En él habían perecido ciento quince personas, y otras doscientas treinta y siete resultaron heridas. No hubo nadie que saliera ileso. Nadie salvo yo, naturalmente.

Cuando por la noche de aquel mismo día algunos periodistas acudieron a mi casa, sabedores de mi suerte, a entrevistar al «único hombre que se había salvado íntegramente del accidente», me guardé muy mucho de decirles la verdad. Simplemente, les dije que todo se había debido a un cambio de decisión. Y a la mañana siguiente, como tal salió en los periódicos. Y he de confesar que la página del mismo era en todo idéntica a la que me enseñó Von Ard, aunque no tan amarillenta ni arrugada.

Desde que sucedió todo esto confieso que no habido un día en que no haya pensado un poco sobre ello. He de reconocer que el caso tiene muchas derivaciones y muchos ángulos insospechados. Pero la verdad es una: que yo me salvé de una invalidez total para el resto de mi vida sin haber puesto nada de mi parte.

Bueno, nada...

Fue hace medio año. Un día regresé a mi casa del despacho, sin siquiera esperarme nada. Y allí me encontré una carta. Decía, simplemente:

Estimado señor Aznar:

Según he podido comprobar, mi plan salió perfectamente, lo cual me alegra, por mí y por usted. No obstante, pláceme recordarle que usted, con fecha de hoy, me escribió la carta que lo motivó todo. Lo cual espero que hará tan pronto reciba esta corta nota, para beneficio y perfecta organización de los acontecimientos.

Reciba un afectuoso saludo de este su amigo que es:

Verner Von Ard

Ni que decir tiene que aprecié en su justo valor la razón de estas palabras, y comprendí el motivo que hizo que Verner Von Ard las escribiera. De modo que aquel mismo día, hoy hace casi seis meses, escribí una carta para ser abierta el día 30 de julio del año 2144, y dirigida a Verner Von Ard. Y en ella, naturalmente, yo era un pobre y triste inválido que

pedía al inventor de una máquina del tiempo acudiera al pasado para ayudarme y librarme de mi desgracia.

Y esto es todo.

* * *

EL DOCTOR JORGE OROLIA se frotó pensativamente las manos.

—En verdad —dijo—, es un caso extraño. Absurdamente extraño, como has dicho tú, Julio. Y que tiene muchas derivaciones.

Julio Aznar asintió con la cabeza.

—¿Y qué es lo que deseas que yo te aclare?

Aznar meditó unos momentos antes de hablar.

—Verás, Jorge. En estos seis meses que han transcurrido desde que yo escribí la carta hasta ahora, he pensado mucho sobre el particular. He estado meditando durante largo tiempo. Y no acabo de verlo lo claro que desearía. Hay multitud de puntos que, pese a su aparente lógica y concatenación, me parecen inconsecuentes, absurdos.

—Sí, lo comprendo.

—Bueno. Pues sobre este particular es sobre el que me he estado devanando los sesos durante todo este tiempo. Y al final he podido llegar a la conclusión de que todo el problema proviene de una sola e ineludible cuestión. Sabiendo ésta, conociendo su respuesta, todo es claramente comprensible. Pero esta cuestión no he podido descifrarla yo. Por eso he acudido a ti.

—Muy bien. ¿Cuál es esta cuestión?

Aznar cruzó los dedos de sus manos.

—Verás. ¿Has oído hablar alguna vez del cuento del huevo y la gallina? La pregunta es: ¿Qué creó primero Dios, el huevo o la gallina? La respuesta, a pesar de su aparente puerilidad, es ardua y encierra muchas cuestiones añejas. Y no creo que haya nadie que haya podido decir con seguridad que fue una cosa o la otra. Al menos hasta ahora.

»Pues bien, la cuestión que se plantea en este problema es algo semejante a esta otra, aunque más ampliada y modernizada.

»Tenemos, por una parte, que Von Ard acudió a mí, vino al pasado desde su tiempo, a causa de haber recibido mi carta. Antes de recibirla, él no sabía nada de mí, no conocía en absoluto mi existencia. Por lo tanto, su venida no fue más que una consecuencia de haber escrito yo la carta.

»Ahora bien, tenemos por la otra parte que yo escribí la carta precisamente porque él vino a verme. Yo no lo conocía, no sabía nada de él ni de su máquina del tiempo, ni del accidente que sufriría el tren en el que tenía que viajar. Yo no estaba enterado. Si escribí la carta sólo fue como consecuencia de haber venido él a mi tiempo.

»Y aquí tenemos la cuestión. Cada una de las dos cosas es consecuencia de la otra. Sin embargo, las dos no pueden haber sido simultáneas. Ha de haber una de las dos que lo haya originado todo, promovido a la otra e iniciado la cadena. Ha de haber una de las dos que lo haya originado todo».

Hizo una pausa. Miró fijamente al otro, y luego inquirió:

—Y ésta es mi pregunta, Jorge. *¿Qué fue primero; la carta, o el viaje de Von Ard al pasado?*

FIN